



DM

# FRENESESÍ

PARTE 3

DYLAN MARTINS

FRENESÍ

Primera edición.

Frenesí.

Dylan Martins.

©Enero, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1



Doce malditas horas habían pasado...

No me moví del lado de sus padres ni de sus hermanos, que estaban tan o más destrozados que yo, pero me trataron como uno más desde el primer momento en el que me presenté. De sobra estaban al tanto de quién era.

Los chicos de la oficina se fueron acercando a la puerta del hospital y me tomé algún que otro café con ellos, pero no había consuelo, no había forma de arrancar el dolor que me producía ver cómo la mujer de mi vida se debatía entre la vida y la muerte.

Allí estuvo Raquel, su mejor amiga, la periodista, simpática y educada, compartiendo nuestro dolor.

Esperar. Es lo único que podíamos hacer. Olivia estaba en manos de los mejores médicos. Además, el hecho de que su padre también lo fuera le permitía moverse libremente por la UCI para ver a su hija. El resto percibíamos lo volcados que estaban sus compañeros con él.

Mi padre también se acercó para vernos a mí y a su familia. Lo hizo solo, ya que mi madre estaba con Lucía.

En esos momentos tomé conciencia de lo rápido que se truncaba una vida y se iban a la mierda todos los sueños, dejándonos a merced del destino, sin que fuéramos capaces de poder controlar absolutamente nada. Vulnerabilidad del ser humano, debía llamarse.

Esa madrugada fui a mi casa a ducharme. Dormí un par de horas, pero sin llegar a alcanzar en ningún momento un sueño profundo y volví por la mañana al hospital.

Tenía la sensación de que mi mundo se había acabado el día anterior, de que aquel fatídico accidente había dado al traste con mis ilusiones. Aquella situación en poco se parecía a la anterior, en la que podía luchar. Me sentía impotente y sin control, sin poder hacer nada por despertar a la mujer con la que quería compartir el resto de mi vida.

Su madre agarraba mi mano y la acaricia mientras me miraba entre sollozos. Yo no sabía qué decir para calmar su dolor, ese que era como el mío o más intenso aún. Entendía a la perfección que, si para mí era desgarrador, para ella debía ser insoportable.

Me empeñé en llevármela a desayunar mientras su marido estaba por dentro, pendiente a cuanto sucedía. No pudo probar bocado, pero al menos se tomó un café.

—Mi hija te ama —acariciaba mi mano sollozando —Y a tu hija también.

—Lo sé y para nosotros ella es nuestra vida, nuestro pilar fundamental. La amamos de corazón.

—¿Sabes? Cuando volvió del crucero me confesó que se sentía madre con Lucía, que le gustaría ocupar ese lugar que por circunstancias de la vida estaba vacío —decía mientras yo soltaba unas lágrimas al escuchar tan sinceras palabras.

—Para Lucía es su mami princesa...

—Lo sé, me lo contó emocionada —intentaba sonreír a pesar de estar rota por el dolor.

Eran momentos donde costaba hablar, pero en los que el silencio mataba...

Las horas fueron sucediéndose sin cambios y esa noche se quedaba su padre con ella y nos mantendría al tanto, así que llevé a su madre a su casa y me fui a la mía a dormir.

La única buena noticia es que no se había producido el fatal desenlace. ¡Cuánto dolía pensar en esa posibilidad!

Cierto era que en el hospital no se podía hacer nada más que esperar, por desgracia, pero al menos sentía que estaba a su lado. Por esa razón, fue entrar por las puertas de mi casa y el mundo volvió a caerme encima.

Me metí bajo la ducha y estuve llorando un buen rato, necesitaba hacerlo...

Me costó mucho coger el sueño y me desvelé unas cuantas veces, así que a las seis y media de la mañana me tomé mi primer café y salí pitando hacia el hospital.

Ángel, el padre de Olivia, salió cuando lo avisé de que estaba allí.

—Buenos días —me abrazó.

—Bueno días —no tenía ni fuerza en la voz, me costaba hablar.

—Verás, por decirlo en términos sencillos, no corre un peligro tan mortal como el de ayer, pero aún su estado reviste extrema gravedad. No obstante, confío en que vaya avanzando, aunque sea lentamente —decía con su voz quebraba por el dolor, pero agarrado a ese rayo de esperanza que proporciona la fe. Ven —me agarró del brazo —vamos a verla.

Cogí aire, aún no la había visto y sabía que me iba a imponer mucho. Estuve a punto de decirle que no quería entrar, pero mis ganas de verla me hicieron seguirle hasta ella.

—Entra hijo —estiró su mano y abrió una de las puertas.

Volví a respirar hondo y entré. Como era de esperar, me di de bruces con una Olivia totalmente entubada y llena de cables por todos lados.

Me acerqué a ella y le agarré la mano. Su padre me hizo un gesto y se puso a un lado, hablando con la enfermera que estaba pendiente a ella.

Acaricié sus dedos con los míos y le hablé...

—Oli, mi vida, sé que me estás escuchando. Estoy aquí y no me voy a separar de ti en ningún momento, pero vuelve rápido, por favor. Tu familia, Lucía y yo te necesitamos.

Comencé a llorar y me derrumbé. Tuve que salir de allí a la carrera para que Olivia, en caso de poder escucharme, no lo hiciera. No quería que sufriera más de lo estrictamente necesario.

Su padre salió detrás y me paró. Seguidamente me abrazó y lloramos juntos un buen rato.

Ese día fue muy largo, pero ahí seguía luchando en aras de alargar ese hilo de vida que aún le quedaba. A las diez de la noche regresé a casa. Ni cené, sobrevivía a base de café, era como un muerto en vida.

No paraba de tocarme el pelo, la cara, la barbilla, estaba como en trance, menos mal que ahí estaban mis padres con Lucía, llamándome constantemente y tranquilizándome al máximo con el tema de la niña.

Sabía que con ellos estaba bien cuidada y lo pasaría fenomenal con la hija de mi prima. Siguiendo el plan inicial se quedaría con los abuelos unos días, que luego podrían ser más para darme la posibilidad de permanecer tranquilo en el hospital.

Me costaba dormir, casi respirar, tenía demasiado dolor dentro de mí.

El sábado por la mañana estuve con su madre, Lina, y sus hermanos, David y Alexandra. Estos últimos también estaban sufriendo mucho, no estuvieron mucho tiempo ya que allí se encontraban peor. Preferían estar en casa, no dejaban de llorar.

Pasé el día con su madre, en aquellas instalaciones que, pese a ser verano, nos daban una

sensación de frialdad que inquietaba. Al mediodía, la obligué a comer una tapa en el bar, su padre salía y nos iba comentando. Por suerte o por desgracia, todo seguía igual.

Esa noche salí de allí más esperanzado, roto de dolor, pero a sabiendas de que si Olivia aún aguantaba era porque estaba luchando. Mi chica quería vivir y sobre eso poca duda cabía.

El domingo me levanté y desayuné en la cocina mientras hablaba con Lucía por teléfono. Me comentaba que nos echaba de menos pero que se lo estaba pasando bien con los abuelos y la primita Ruth y quería quedarse unos días más, cosa que me alegraba escuchar. De todas formas, aún no podía ir a por ella.

Llegué al hospital y Ángel me acompañó para que pudiera verla. Me impactaba mucho, pero necesitaba tocar y acariciar su mano.

Me senté a un lado de su cama mientras la miraba y jugueteaba con sus dedos.

—Oli, mi vida, tengo muchas ganas de verte abrir los ojos, de que me mires, de volver a verte sonreír —me sequé las lágrimas que iban resbalando por mis mejillas, pues yo intentaba que mi voz no sonara tan triste —No se te ocurra hacerme una trastada —rompí a llorar, pero intentaba no hacer ruido.

Aquello era demasiado duro para mí. No podía soportar verla allí postrada, sin poder gesticular, ni mirarme, ni hablarme. Me estaba muriendo en vida.

A lo largo del día, entré dos veces más, igual que su madre. Ángel nos iba metiendo de vez en cuando, cuando iba pudiendo. Por la noche me fui de allí quedando en volver a la tarde siguiente, ya que yo iría por las mañanas a trabajar. Por su parte, ellos me mantendrían al tanto de cualquier novedad.

Ese había sido sin duda el fin de semana más triste de mi vida, el más doloroso, pues se trataba de un dolor que no podía comparar a ningún otro que hubiera sufrido hasta el momento.

## Capítulo 2



Desperté muy temprano, apenas eran las seis de la mañana, pero me era imposible quedarme un rato más en la cama. Los nervios se apoderaban de mí, lo mejor fue comprobar que en el móvil no tenía ningún mensaje por parte de su padre, eso me dejaba un poco más tranquilo.

Me preparé un café y me encendí un cigarrillo, apoyado sobre la mesa de la cocina, pensando. Estaba ido, desesperado...

Me fui hacia el trabajo temprano y entré al bar de siempre para tomar otro café. No tardó en llegar Daniel, que siempre hacia su parada antes de subir.

—Hola —me dio un abrazo.

—Hola, Daniel —lo miré con tristeza.

—¿Noticias?

—No, no las hay, todo igual...

—Vaya, lo siento, confía en que pasará algo que dará un giro a la situación.

—Confío en ello. No quiero ni imaginar otra cosa, no podría soportarlo.

—¿Y Lucía sigue con tus padres?

—Sí, por ahora se quedará allí, quiero mantenerla al margen de todo.

—Haces bien, es muy pequeña.

—Si supiera cómo está Olivia se derrumbaría...

—Se moriría de pena. Entre ambas ha surgido una conexión muy fuerte, ella la mira con mucho amor y complicidad. Bueno, Alexis, confío en que todo se resolverá favorablemente.

—Lo deseo con toda mi alma.

Tomamos el café y subimos a las oficinas. Carlota nos recibió con una triste sonrisa. Se notaba que todos estaban muy afectados. Me preguntaban con deseo de que algo hubiera cambiado en las últimas horas, pero no, todo para nuestro pesar, seguía igual.

La mañana la pasé encerrado en el despacho, trabajando, pendiente en todo momento al teléfono, hasta que llegó la hora de la salida y sin ganas de comer nada me fui directo al hospital.

—Buenas tardes —me abrazó Ángel.

—Buenas tardes.

—Ahora mismo se acaba de producir una ligera mejoría —hizo que lo siguiera hasta la cafetería.

—¿Qué tipo de mejoría?

—Le quitaron la ayuda a la respiración, lo hace bien por si sola, tienes sus funciones bastante controladas, mejoradas, inclusive la enfermera la escuchó hablar.

—¿Qué decía?

—No se le entendía. La enfermera le hablaba y hacía ademán de contestarle, pero sin abrir los ojos. En cualquier caso, no eran frases, eran palabras sin sentido, como si estuviera soñado.

—¿Eso es bueno?

—Lo es, pero claro, no sabemos las posibles secuelas, tiene que dar más pasos adelante y ninguno hacia atrás, pero es esperanzador.

—Lo es.

Pedimos dos cafés y nos quedamos apoyados sobre la barra.

—Ahora pasarás a verla y más tarde lo hará mi mujer. Lo que os voy a pedir es que no os quedéis aquí, no podéis estar en una sala esperando noticias. Podéis venir a verla un rato cada uno y cualquier cosa yo os llamo, pero carece de sentido que paséis los días en estas instalaciones.

—Vale.

—Yo no me iré del hospital hasta que ella salga, así que podéis estar tranquilos.

—Lo sé, pero también deberías ir a dormir a tu casa alguna noche.

—Bueno, es mi profesión y si encima es la vida de mi hija la que está en juego, pues con más vera no me muevo.

—Entiendo.

Era un gran señor, una gran persona, con un corazón que valía un potosí.

Subí a ver a Olivia, nos dejaron unos minutos a solas, cosa que agradecí ya que, aunque no me mirara y no me hablara, necesitaba un poco de nuestro espacio.

—Oli, me estás haciendo dar más vueltas que Fernando Alonso en una carrera —sonreí — Abre los ojos, floja —acariciaba su mano —Te iba a pedir que te vinieras a vivir conmigo y te pasó esto, parece que de una u otra forma huyes de mí —carraspeé como siempre lo hacía, bromeando —El día que te vaya a pedir que te cases conmigo desapareces antes del mapa —reí flojito. Esperaba que me estuviera escuchando y sonriendo interiormente.

La miraba mientras las lágrimas me caían, la escuché como gemir, emitía un leve sonido, así en varias ocasiones. Algo me decía que volvería, ella no se merecía irse de este mundo sin haber disfrutado más.

Salí de allí y Ángel me acompañó hasta la puerta. No paraba de decirme que me avisaría de cualquier novedad.

Me dirigí hacia el sur a casa de mis padres, eran las cinco de la tarde así que quería ver a mi pequeña Lucía.

Mis padres al verme me sonrieron con tristeza, teníamos todos que disimular ante Lucía. Mi prima y su hija se mantuvieron en un discreto segundo plano.

—¿Dónde está mamá princesa?

—Pues echándote de menos, está malita con la garganta y si nos ve nos puede contagiar —carraspeé mirándola sonriente.

—¿Y quién la cuida? —preguntó preocupada.

—Su papá que es médico.

—Es verdad —aplaudió emocionada.

Pasé la tarde con ellos. Cuando la niña se alejaba con Ruth a la casita que le tenían en el jardín, mis padres y prima me preguntaban, estaban muy preocupados.

Cené con ellos y cuando dejé a la pequeña dormida regresé a mi casa.

Me acosté del tirón, aunque no por ello cogí el sueño pronto, pero necesitaba estar tumbado, pensar, reflexionar....

Por la mañana me desperté temprano como siempre, me fui al trabajo y tomé un café con Daniel.

A media mañana me llegó un mensaje de Ángel.

“Te ha nombrado varias veces e intentó abrir los ojos, pero volvía a quedarse dormida”

Se me saltaron las lágrimas. Olivia iba a despertar, lo tenía que hacer. Respondí emocionado.

“Gracias. Es muy alentador recibir esta noticia. En un rato estoy allí”

Terminé de hacer lo que tenía entre manos y me fui para el hospital. Avisé como siempre al padre de que estaba llegando y salió a recibirme.

Mostraba un rostro más relajado, más esperanzador, hasta me sonrió con un brillo en su mirada diferente al de días anteriores.

Miré a Olivia cuando entré y la encontré distinta, con mejor color de cara. Le habían lavado el pelo y estaba preciosa.

Me dejaron a solas con ella, la cogí de la mano y noté que me apretó, una sonrisa se dibujó en mi cara.

—Olivia, sé que me escuchas, estoy aquí vida y estaré esperándote todo el tiempo que necesites —notaba cómo intentaba mover la cabeza y apretaba su mano —Tranquila, vendré todos los días, poco a poco, sé que puedes, no te preocupes, a tu ritmo, aquí siempre me tendrás.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, se las sequé con los dedos, ella me escuchaba, me sentía y eso para mí era un gran paso.

El padre llegó un poco después, le conté mientras la sostenía de la mano y él asentía con la cabeza, pues tenía la seguridad de que sí nos escuchaba. Además, Ángel le acariciaba el pelo y ella lloraba también.

Me despedí de aquel extraordinario hombre y me fui para mi casa mucho más esperanzado, feliz, con el corazón a mil. Me sentía más optimista que nunca. La recuperación trascendía el ámbito del deseo para convertirse en una realidad.

A la mañana siguiente vi un mensaje del padre diciendo que estaba despierta y hablando un poquito. Aunque se dormía rápidamente, se volvía a despertar.

Pasé por las oficinas y revisé los emails. A continuación, me fui corriendo para el hospital, todavía no eran las diez de la mañana. Ángel me dijo que pasara a verla.

Nada más que me escuchó decirle a su padre que “hasta luego”, abrió los ojos y se me quedó mirando mientras me acercaba a ella. Intentaba sonreír, pero se le volvían a cerrar los labios.

—Hubiera preferido que te hubieras ido a Londres de nuevo —bromeé y se esforzó en sonreír.

Le costó trabajo, pero dijo el nombre de Lucía, casi sin fuerzas, con un hilo de voz.

—Lucía piensa que estás con la gripe, así que aligera que mucho tiempo no se lo va a creer —carraspeé levantando la ceja —Está con mis padres y su primita estos días, así que me habéis dejado más solo que Marco buscando a su madre.

Le volvió a salir una sonrisa y le cayeron unas lágrimas que no tardé en secar con delicadeza y cariño.

Comencé a hablarle de sus padres, de las grandes personas que eran, como sus hermanos, que por cierto iban cada día a verla y lo estaban pasando fatal. Le transmití lo mucho que la querían todos los miembros de su familia, aunque ella bien lo sabía.

Estuve con ella hasta la hora del almuerzo, pero prometí volver más tarde. Le tocaba descansar y además también tenían que verla el resto de sus familiares.

Me fui a almorzar a casa. Me quedé toda la tarde allí y sobre las ocho volví al hospital. Sonreía al verme y estaba agarrada de la mano de su padre.

—Bueno, bueno, de vez en cuando da charlas y todo —me hizo un guiño Ángel.

—De aquí a nada nos está volviendo loco —bromeé mientras ella sonreía con debilidad, pero aguantando más su sonrisa.

—Le he prometido que esta noche duermo en casa pero que mañana nos tiene que dar los buenos días a todos los que entremos a verla.

—Hombre, faltaría más, encima que venimos, que esté callada —sonrió y yo moría de amor en esos momentos.

Permanecí un rato con ella y luego nos despedimos, dejándola como siempre en muy buenas manos, las del personal compuesto por enfermeras y médicos que se desvivían por ella.

Ángel me comentó que estaba fuera de peligro y me eché a llorar, no tardó en darme un abrazo y agradecerme que hubiera estado allí cada día.

La felicidad embargaba mi alma.

La mañana siguiente ni fui al trabajo, me fui directamente a verla. No podía hacer otra cosa, mi corazón y cabeza estaban con ella.

—Buenos días —dijo sonriente al verme entrar con esa voz menos débil.

—Buenos días, mi vida —me acerqué a ella y le besé la frente.

Me senté a un lado y le cogí la mano.

—Gracias.

—No, vida, gracias a ti por no dejarme solo —me eché a llorar y apreté mi mano —Lo siento, pero es más de felicidad que de otra cosa.

—¿Y Lucía?

—Sigue con los abuelos, tranquila, está allí bien —sonreí —¿Cómo te sientes?

—Mejor. Realmente me siento como si no llegara a despertar, muy adormilada —sonreía.

—Tengo muchas ganas de verte salir por esas puertas.

—¿Me vas a llevar de crucero? —preguntó bromeando.

—A dar la vuelta al mundo si hace falta, contigo siempre, donde quieras vida.

—Gracias por haber estado.

—No me vuelvas a dar las gracias, no podría estar en ninguna parte sin ti, eres mi vida, Olivia. Cuando te pasó esto teníamos un fin de semana por delante donde te iba a pedir que te vinieras a vivir conmigo, ahora ni eso, quiero que te vengas conmigo a casa, a nuestra casa, con Lucía, te necesitamos siempre a nuestro lado.

Sus ojos se inundaron en un mar de lágrimas y apretaba mi mano.

—Por supuesto, siempre a vuestro lado, con la niña de mis ojos y tú, que me demostraste que merecías la pena.

—Eso, hazme llorar más —reí entre lágrimas.

Estuve con ella todo el día, solo salí a almorzar. No me separé de su lado, además vinieron sus hermanos que no dejaban de bromear y su madre que apareció tres veces.

Al día siguiente aún mejor. La recuperación de Olivia marchaba viento en popa y ya hasta se incorporaba y se sentaba. Me daba muchos besos en la mano, yo estaba de lo más feliz.

Esa tarde aparecieron Carlota y Daniel, casi le montan allí una fiesta. Vivimos un momento muy divertido y emocionante, le llevaron unos regalos muy bonitos de parte del resto de compañeros que le emocionaron mucho.

Le costó la vida echarse a dormir. Tuve que prometerle que volvería bien temprano para hacerle compañía, como los tres días siguientes que no me despecué más que para bajar a comer e ir a dormir.

El sábado le comentaron que el domingo le iban a dar el alta, pero tendría que permanecer en reposo por lo menos dos semanas más. Ella le dijo nerviosa a su madre que le preparara una maleta que se vendría conmigo.

Los padres no se lo tomaron nada mal. Entendieron su ilusión. Por supuesto les dijimos que podían pasar a visitarnos y a almorzar con nosotros cada vez que quisieran.

Aquella noche me fui feliz a por la pequeña, la recogí pues quería que estuviera al día siguiente en casa cuando llegara. Mientras se quedaría con Fina toda la mañana.

## Capítulo 3



Por la mañana estaba revoloteando por la casa con Fina cuando me levanté. Se mostraba nerviosa con su Cola Cao en las manos, loca por ver aparecer a Olivia.

Había llegado el momento. Respiré profundamente antes de abrir la puerta de la habitación del hospital e ignoré al personal sanitario que esperaba tras de mí. Sabían lo que iba a ocurrir y estaban impacientes y emocionados.

Todo lo que habíamos vivido con su accidente, el miedo a perderla fue demasiado aterrador. No quería pasar por eso nunca más.

Estaba seguro de mi decisión, ni un atisbo de duda en mi mente. Pero los nervios, no por ello, eran menos.

Hice un gesto de asentimiento a una de las enfermeras y con una enorme sonrisa en su cara, abrió la puerta. Di un par de pasos y barrí la estancia con la mirada. Olivia sentada en el sillón que había bajo una de las ventanas.

Sus padres y sus hermanos cerca de ella, conversando. Su amiga sentada en el brazo del sillón, unida a la charla.

Reinó el silencio cuando todos esos pares de ojos se posaron sobre mí. Su familia, al tanto de lo que iba a ocurrir, ya con una sonrisa en la cara.

La última en mirarme fue ella. Pestañeó un par de veces y me sonrió ampliamente.

—Hola —su voz alegre. Me miró de arriba abajo y arqueó las cejas—. No hacía falta que te arreglases tanto para venir a buscarme —rio.

Pues sí que la hacía, era un momento especial.

Me acerqué a ella y, sin una sola palabra, me agaché, colocándome entre sus piernas. Le ofrecí el ramo de rosas y lo cogió emocionada.

—Gracias, son preciosas.

No tanto como ella...

—Olivia... —cogí aire y agarré sus manos cuando su madre cogió el ramo— Todo lo que ha ocurrido ha sido muy duro para todos —ella asintió con la cabeza, dándome la razón—. He estado a punto de perderte y casi me vuelvo loco por ello.

Levantó una mano y acarició mi cara.

—Estoy bien, ya todo pasó —dijo comprensiva.

—El miedo que pasé no lo olvidaré nunca —dije con sinceridad—. Y quiero crear nuevos recuerdos contigo cada día de mi vida —saqué la cajita que llevaba en el bolsillo y se la puse sobre su mano. Tembló al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Me miró a los ojos, los suyos ya anegados en lágrimas. Abrió la caja y observó el anillo que había dentro—. Te quiero —dije solemnemente—. Te quise ayer, te quiero hoy y te querré siempre. No quiero separarme nunca más de ti —una lágrima escapó de sus ojos y no tardé en limpiarla.

—Alexis...

—Tal vez no es el mejor lugar donde pedirte —sonreí, avergonzado—. ¿Quieres hacerme el hombre más feliz del mundo y convertirte en mi esposa?

—Ay, Dios... —lloró su madre. Y un coro de “*Ohhh*” se escuchó a mi espalda.

—Tu esposa... —balbuceó, como si todavía no lo hubiese asimilado.

Cogí su cara entre mis manos y la hice mirarme.

—Mi compañera, mi amiga, mi amante. Mi vida. Mi todo —le aseguré—. Lo quiero todo contigo, si me aceptas.

Con las lágrimas saliendo sin control y sus preciosos ojos sobre los míos, asintió repetidamente con la cabeza.

—Es el lugar y el momento perfecto —lloró—. Sabes que sí, sí quiero.

Con las ovaciones y los aplausos la besé. Borré sus lágrimas con mis besos y me sentí el hombre más afortunado del mundo al tenerla conmigo. Iba a ser mi esposa, nada podría hacerme más feliz.

Cogí el anillo y se lo coloqué en el dedo, limpié sus lágrimas, que no dejaban de caer por su mejilla.

—Ven aquí —la besé de nuevo, deseando no tener que separarme nunca de esos labios que tanto adoraba.

—Ay, cariño, felicidades —su madre la abrazó cuando me separé de ella y recibimos las felicitaciones de todos y cada uno de los presentes.

—Te has lucido, cuñado —rio Alexandra. Le di un abrazo y le revolví el pelo—. Papá, ¿te ha pedido la mano? —bromeó.

—Creo que hace tiempo que se la di —me guiñó un ojo mi futuro suegro.

—Haré lo que sea por verla feliz —le juré.

—Lo sé —nos dimos un abrazo, agradecía la confianza que depositaban en mí.

—Así que cuñados... La que me queda —bromeó David.

—Será la que me queda a mí, cerebritito —reí.

—La que nos queda a todos con este par de tortolitos —suspiró Raquel. Se acercó a mí y susurró—. Está todo preparado, la vas a hacer llorar esta noche.

—Eso espero —le guiñé un ojo, pensando en lo que Raquel me había ayudado a organizar.

—Ay, yernooooo. ¡Ven aquí! —casi muero ahogado con el abrazo de mi suegra, si Olivia no viene en mi rescate, fallezco por falta de oxígeno— Oli, cogeré cita en la modista estos días. Tenemos que organizar el banquete, los vestidos, las invitaciones, las...

—Mujer, déjales tiempo —resopló su marido, haciendo reír a todos no solo por el comentario, sino por la mirada que ella le echó y cómo terminó enzarzándose con su esposo, en una discusión por la boda.

—La que nos queda —suspiró, de nuevo, David, poniendo los ojos en blanco.

Abracé por la cintura a mi futura esposa y le di un beso en los labios.

—Un poco empalagosa la pedida, ¿no? —reí.

—Ha sido perfecta —rio, abrazándome—. Amar no es empalagoso —el sonido de su voz amortiguado por mi pecho.

En eso tenía razón, demostrar cuánto significaba para mí era, solo, perfecto.

—¿Entonces cuándo será la boda? —preguntó la que iba a convertirse en mi suegra, insistía con lo mismo y viendo que ya iba como un coche sin frenos por una cuesta...— Porque nos tiene que dar tiempo a todo.

—Mamá, por Dios, espera un poco que aún no tenemos fecha.

—En realidad sí —las interrumpí, sorprendiéndolas a las dos—. Si Olivia acepta, claro.

—Ah, no, mi hija se casa y eso será la boda del año. No me vas a quitar eso, Alexis —resopló su madre, haciéndome reír.

—Tenemos tiempo de hablarlo, mamá —rio Olivia—. Ahora... Solo quiero volver a casa y olvidar todo esto.

De la mano de Olivia, llegamos al parking, dejé la pequeña maleta que le había pedido a su madre que preparara en el maletero y subimos al coche.

Ahí dejábamos atrás un mal capítulo de nuestra vida, pero aún teníamos mucho que contar. Y lo haríamos juntos.

Llegamos a casa y Lucía nos recibió nerviosa, la abrazó y le preguntó si ya estaba bien de la garganta cosa que le hizo mucha gracia, se la comió a besos.

Fina también la abrazó y le dio la bienvenida, nos había dejada la comida lista en la terraza. Una buena paella de esas que le gustaban a Olivia.

Pasamos toda la tarde en el salón entre abrazos a tres manos, Lucía no dejaba de darle muestras de cariño.

Con la niña ya dormida, tenía a Olivia solo para mí. Era el momento de disfrutar, ambos, de la bonita sorpresa que le había preparado.

No la había dejado entrar en el dormitorio en todo el día, no dejaba de poner excusas y menos mal que tenía la ayuda de Fina. Que si lo estaba limpiando. Que si necesitaba quedarse en el sofá y descansar. Que si... Conociendo a Olivia, no sé cómo aguantó todo ese tiempo sentada. Pero después de lo que había vivido, la obligaría a reposar todo el tiempo que fuese necesario, aunque tuviera que soportar sus quejas de estar harta de cama. Pues eso era lo que le quedaba.

—Ven —le ofrecí la mano y la ayudé a levantarse del sofá.

—No voy a ser capaz de dormir, Alexis. Estar sin hacer nada no ayuda —resopló.

—Te aseguro que dormirás. Y bien —le guiñé un ojo.

—Oh, eso suena a diversión —su voz pícaro.

Era diversión de la buena, por supuesto, porque iba a disfrutar de ella después de tanto tiempo.

Abrí la puerta del dormitorio y, casi recreando aquella noche en el crucero, había adornado la habitación igual. Las velas iluminándolo todo y las rosas dibujando un sendero hasta la cama, donde había, además de varias rosas, un paquete.

—Oh, Alexis —dijo emocionada. Se giró a mirarme, estaba nerviosa—. No tenías por qué, todo fue más que suficiente.

—Nada será nunca suficiente para ti —le di un dulce beso y me acerqué a coger el paquete—. Ábrelo —sonreí.

No tardó en hacerlo, nerviosa por ello. Se sentó en la cama y abrió el álbum que le habíamos envuelto.

Dentro, fotos de nosotros dos solos y con Lucía.

—Fue idea de ella —le expliqué, poniéndome de rodillas entre sus piernas.

—Es precioso...

—Tiene muchas hojas en blanco —me miró a los ojos—. Este álbum es solo el comienzo de nuestra nueva vida. Y vamos a llenarlo de momentos felices.

Se mordió el labio, intentando no llorar.

—Sé que vamos a ser felices —aseguró.

—Y superaremos cada obstáculo que la vida nos ponga en el camino. Te quiero, Olivia.

Gracias por seguir a mi lado.

Ella negó con la cabeza, sabía que no quería que le diera las gracias por ello, pero tenía que hacerlo.

Me besó. Un beso dulce y emotivo que terminó convirtiéndose en mucho más.

—Joder, cómo te echaba de menos —suspiré sobre sus labios.

—Como yo a ti —sonrió.

Me levanté, le ofrecí mi mano y la cogió. La llevé hasta el baño, decorado como el dormitorio. Me puse frente a ella y comencé a quitarle la ropa. La bañera estaba llena, preparada para nosotros.

—Supuse que querías un baño.

—Supusiste bien —su voz sonó estrangulada cuando dejé sus pechos al aire y no pude evitar acariciarlos con mis dedos.

—Un baño largo... —seguí desnudándola— Donde te tenga mojada... —la ropa de ambos fuera— Y solo para mí —entramos en la bañera y la acomodé entre mis piernas. Comencé a mojar su cuerpo y a acariciarlo a la vez.

—Alexis... —suspiraba, excitándose.

—Hoy sin prisas, mi amor —con un poco de gel en mis manos, lavé sus pechos, su vientre.

Aquel momento era de los más eróticos que había vivido nunca. No había palabras. Solo suspiros y sensaciones. No había sexo en sí, solo caricias, llevándonos al límite.

Salimos de allí cuando el agua comenzó a enfriarse. Cogí la toalla y la sequé. Con delicadeza, disfrutando de las vistas que tenía delante. Como hice cuando la tuve en la que ya era nuestra cama.

Olivia era la mujer más hermosa del mundo para mí, nunca dejaría de verla así. Porque nunca dejaría de amarla.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

Salí de mi estupor, estaba ensimismado acariciándola, mirando cómo mis dedos rozaban su piel.

—En todo el miedo que pasé —suspiré.

—Hay que dejar eso atrás, Alexis.

—Lo sé —la miré a los ojos y acaricié su mejilla—. Solo quiero dos cosas en la vida, Olivia. Una es que mi hija esté bien y feliz. Otra es verte feliz a ti. Con eso, lo tengo todo.

—Entonces te aseguro que ya lo tienes todo —sonrió—. Lucía es la niña más feliz del mundo, tiene al mejor padre. Y yo... ¿Qué te puedo decir si te quiero con locura? Me da miedo que esta burbuja de felicidad explote en cualquier momento.

La entendía, porque yo tenía la misma sensación de vértigo.

—No va a explotar porque no es ninguna ilusión, cariño —le aseguré—. Y vamos a luchar cada día porque esto que sentimos no cambie.

—Estás románticón, ¿eh? —bromeó tras limpiarse una lágrima.

—Bueno, estoy intentando relajarme para no ser demasiado bruto —reí—. Tengo que recordar que aún estás convaleciente.

—¿Bruto? —la picardía en su voz— Creo que el doctor me recetó un poco de brusquedad. Ya sabes, por eso de descansar mejor y todas esas cosas.

Solté una carcajada, ella y sus comentarios.

—¿El doctor te ha recetado que te folle sin contemplaciones?

—Algo así —afirmó con la cabeza—. Dice que eso libera algo que no recuerdo y que me hace

bien.

—Eres un caso —dije entre risas. Me puse sobre ella, disfrutando del contacto de su piel pegada a la mí—. Pero esta vez te quiero sin prisas.

La besé intentando no dejarme llevar por la cruda pasión en la que estaba envuelto. Era un martirio permanecer tan cerca de Olivia, teniéndola desnuda y no poder dar rienda suelta a todos mis deseos más carnales. Pero en ese momento ambos necesitábamos otra cosa. Necesitábamos más que sexo, quería hacerle el amor a la mujer que amaba. Y quería disfrutar cada segundo de ello.

Nuestras manos acariciando el cuerpo del otro, reverenciándolo con nuestros dedos. Nuestras lenguas sumidas en una batalla dulce, degustando el sabor del otro.

Estábamos febriles, deseosos por sentir que nos convertíamos, de nuevo, en uno solo.

Comencé a entrar en ella con delicadeza, casi con miedo de poder dañarla, quizás por eso me contenía tanto.

—Joder, cómo necesitaba esto. Cómo necesitaba sentirte —ya dentro de ella, disfrutando de cómo me envolvía su calor.

—Alexis... Necesito más.

Fuera poco a poco e igual de lento, de nuevo dentro de ella. Una vez. Y otra. Y otra...

Esa vez fue así. Sus gemidos roncros mientras la hacía mía. Su grito ahogado cuando el orgasmo se apoderaba de ella. El sonido que salió de mi garganta mientras me corría dentro de su cuerpo.

—Oh, joder —dije entrecortadamente.

—Y tan joder —rio ella, haciéndome reír a mí.

Salí de su interior y me tumbé a su lado.

—¿Te sientes bien aquí?

—Claro que sí —sonrió—. Mientras estemos juntos los tres —dijo incluyendo a mi hija—, no me importa donde sea.

—¿Quién es la romanticona ahora? —sonreí.

—No me importa serlo —se encogió de hombros y apoyó la cabeza en mi pecho. La abracé y nos tapé a ambos. Bostezó y sonreí.

—¿Cansada?

—Parece ser que no hacer nada también cansa —la sonrisa en su voz—. O eso o ha sido el sexo. Te lo diré esta noche si me despierto y no puedo dormir.

—¿Me dirás o me harás?

—Tendrás que esperar para averiguarlo —me dio beso en el pecho y suspiró, apretándose más contra mi cuerpo.

La abracé con fuerza y suspiré. Ya estaba Olivia, por fin, viviendo conmigo. Después de tantas cosas malas, la recompensa no podía ser mejor.

Tenía conmigo y para siempre a la mujer que amaba. Y lucharía porque eso no cambiase nunca. Olivia era, junto con mi hija, mi mundo. Y nada ni nadie podría separarme de ninguna de las dos.

## Capítulo 4



Escuché a Fina entrar y salí de la cama sin hacer ruido.

—Buenos días —sonreí.

—Buenos días, siéntate que te pongo un café.

—Vale, pero entonces tendré que fumar en la cocina, necesito un cigarro de esos del relax y no los nerviosismos.

—Claro, no quedará mal olor por uno, pero debes dejarlo, aunque no fumas más de uno o dos al día, no deberías.

—Lo sé, será uno de los últimos, pero estos días lo necesité.

—¿Qué tal pasó la noche?

—Perfecta —sonreí —Me parece increíble.

—Me alegro mucho, no sabes cuánto.

—Lo sé, por cierto, me voy a trabajar un rato, tendré que hacer acto de presencia, aunque sean tres o cuatro horas todos los días, así que las dejo a tu cargo.

—Ni te preocupes que ya las cuido yo.

—Gracias, Fina.

Salí de allí y me dirigí a la oficina. Era temprano, de modo que me tomé el café con Daniel que estaba con Fernando. Ambos me abrazaron y me dijeron lo mucho que se alegraban de aquello.

Les conté lo de la boda, pero también que habíamos quedado en que sería para el verano siguiente, tranquilos, con vistas a preparar todo al detalle para un día tan especial en que nos juraríamos amor eterno, al menos así lo veíamos.

Luego subí y se lo conté a las chicas. Estaban emocionadas y aplaudieron nerviosas, además de darme un abrazo todas a la vez.

Esa mañana hice lo que tenía pendiente a contra reloj, revisé unos expedientes y me fui pitando. Estaba loco por llegar a casa y ver a mis amores.

Llegué y aparqué el coche mientras veía a Olivia y a la pequeña charlando, montadas en el balancín.

—Muchas preciosidades juntas estoy viendo —las abracé a la vez.

—Papi, la estoy cuidando porque está un poco débil.

—Y me cuida muy bien —dijo señalándome con el dedo.

—Si es que es muy mayor ya Lucía, sabe hacer de enfermera —carraspeé mirándolas, una estampa preciosa.

Comimos en el porche, Fina había cocinado unas patatas fritas con unos filetes y huevos, comida para engordar pero que estaba de muerte, se marchó besuqueando a Lucía que reía feliz y emocionada de estar ahí con Olivia.

—Papi, le he dicho a mami princesa que un día nos vamos a ir de compras las dos, como

amiguis mujeres —morí con lo de amiguis mujeres y me eché a reír viendo cómo también lo hacía Olivia.

—Claro, pero aún no, la semana que viene, ahora tiene que recuperarse y salir tanto tiempo de tiendas la puede abrumar, hay que cuidar a la mami.

—Vale, yo la cuido con Fina estos días mientras tú vas a trabajar y la semana que viene nos dejás un día en un centro comercial y nos vamos a comprar —decía organizando todo ante la mirada de Olivia y mía, que hacíamos esfuerzos por aguantar la risa.

—Vale, pero me compráis un regalo —advertí.

—Claro, papi —te compramos una camiseta de Bob Esponja.

—Ah no, mejor no me compréis nada —reí negando.

—Papi, que Bob Esponja es guay.

—Sí, sí, guay del Paraguay —carraspeé mirando de reojo a Olivia, que aguantaba la risa como podía.

—Papi, Martina y yo vamos a llevar los anillos para la boda de mami princesa y tú.

—¡Vaya! Espero que lleguen a salvo —apreté los dientes causándole una carcajada.

—Y si no llegan nos aguantamos, mis princesas irán conmigo —advirtió Olivia haciéndome un guiño.

—Lo que diga mami princesa, es la que manda aquí —me sacó la lengua la pequeña.

—Vaya, ya ni mando en mi casa —resoplé siguiéndole el rollo.

—Mandamos ella y yo —señala con su dedo a Olivia y a ella en plan mandona.

—Vale, vale —levanté un poco las manos —Miedo me da llevar la contraria —Por cierto, había pensado algo —miré a Olivia —Quizás estaría bien el sábado, que aún quedan días, invitar a tus padres, hermanos, mis padres y los chicos de la oficina a comer a algún sitio que reserve. Creo que deberíamos agradecer a todos cómo se volcaron y de paso celebrar la noticia de nuestro próximo enlace, aunque aún quede para ello. Este sábado o el de la semana que viene, cuando tú te encuentres bien.

—¡Fiesta! —gritó la pequeña —Y que venga mi mejor amiga pequeña Martina —Matizó lo de la edad para no dejar fuera a Olivia, cosa que nos hizo mucha gracia.

—Lo veo bien, Alexis, una idea genial, yo me encuentro bien, un poco cansada pero poco a poco voy a mejor. Este sábado lo veo fantástico, pero lo podríamos hacer en este jardín con un servicio de catering...

—Pues sí, no lo había pensado, pero podemos preparar aquí algo bonito.

—Yo quiero un vestido de princesa para mí y otro para Martina —dijo emocionada.

—Me va a salir bien cara la idea de la comida —reí.

—Papi, suelta dinerito que es de todos —volteó los ojos mientras Olivia y yo nos mirábamos incrédulos.

—Pues yo no te veo trabajar —la miré serio y se puso a reír a carcajadas.

—Yo me encargo del catering y de pedir presupuesto de lo demás, te voy informando y ya elegimos —me hizo un guiño.

—Genial, llama a Delicias, tienen muy buen servicio y todo lo que sirven es de calidad.

—Lo había pensado —sonreía feliz mientras se mordisqueaba el labio.

—El jueves os llevo a que os compréis un vestido cada una y el de Martina —volteé los ojos ante la risa de las dos.

Me llenaban de amor, con solo mirarlas engrandecían mi vida y mi día a día. Por esa razón, cada vez que me iba a trabajar, volvía loco por encontrarme a mis chicas.

Olivia había elegido el menú perfecto, la bebida, el número de camareros, las mesas, las sillas, todo... Iba a quedar precioso, además ella por momentos iba volviendo a ser la chica de antes del fatídico accidente.

## Capítulo 5



Y llego el sábado de la fiesta...

Me levanté a las ocho y me preparé un café. Dejé a Olivia durmiendo plácidamente, pero Lucía fue sentirme y levantarse.

—Papi, Cola Cao —se sentó en la banqueta de la barra y echó la cabeza sobre sus manos, apoyadas en ella.

—Primero un beso —me acerqué y la abracé, me dio el beso.

—Papi, Olivia va a ir guapísima con su vestido.

—Vale, pero no me hagas *spoiler*, quiero llevarme la sorpresa —le saqué la lengua y me puse a preparar su Cola Cao.

—Pero va a parecer la reina de la fiesta.

—¡Lucía! —grité en voz baja riendo.

—Vale, pero tanto el de Martina como el mío, sí puedes saber cómo son, porque además tú se lo llevaste a su madre.

—Pero iba en la bolsa, no la miré —reí.

—Bueno pues entonces no te lo digo, sorpresa como mi mami princesa —reía.

Olivia apareció por la cocina y la miré sonriente.

—Me uno a los que se levantan temprano, ya estoy harta de cama —besó a Lucía y luego a mí.

Le puse un café y se sentó al lado de la pequeña, yo frente a ellas, de pie.

Media hora después llegó el camión con las mesas y la carpa, se pusieron a montar todo, además de una buena barra de madera. Estaba quedando precioso, más tarde llegarían la comida y los camareros.

La pequeña entró a su dormitorio y apareció con el vestido de princesa, con su corona y tacones. La miramos y nos reímos, era tremendamente impaciente, pero un caramelo de niña.

Estaba divina con ese vestido que les había comprado a las dos Olivia, era de Cenicienta, querían ser princesas ese día y yo me alegraba de ver esos momentos mágicos para ella, ser partícipe de su felicidad.

—Venga, vístete Oli —decía tirando de su mano.

—Es muy temprano aún —reía.

—Pero nos sentamos en plan guapas en el sofá —se ponía las manos en la boca.

—Dame un rato, pero antes te maquillaré —le hizo un guiño.

—Sí, ahora —aplaudía.

—No, luego, para que te dure más —reía.

—Vale, mami princesa —saltaba feliz con su vestido.

Las dejé en el salón mientras yo preparé algunas cosas. Tenía sorpresas para todos. Se trataba de un día especial y deseaba que también lo fuera para nuestros invitados. Ellos habían estado con

nosotros en todo momento, así que tenía que ser agradecido, no era para menos.

Más tarde llegaron los camareros. Su misión sería la de estar pendiente a las copas, recepción y comida, así que yo me despreocuparía de todo.

Ya estaba listo y comencé a recibir a los invitados, Olivia se quedó preparándose.

Los primeros en llegar fueron mis padres que se cogieron una de las mesas altas que pusieron para las copas y charlas. Les sirvieron unos vinos con un poco de jamón y queso. Lucía se puso a charlar con ellos hasta que de repente apareció Martina con Daniel y Carlota.

Los hermanos de Olivia aparecieron sonrientes, bajando del coche de sus padres junto a Raquel. Luego ellos. Su cara de felicidad era el reflejo de sus almas.

Se sentaron con mis padres. Davinia y Fernando llegaron también detrás y se pusieron en otra mesa con Carlota y Daniel, a los que se unió Elba. Su chico no pudo asistir, pues tenía guardia ese día.

Raquel y los hermanos de Olivia se cogieron otra de esas mesas altas.

Los camareros sacaban bandejas repletas de exquisiteces para degustar y les traían inmediatamente las bebidas sin esperar a que nadie tuviera que pedir.

De repente apareció Olivia y todas las miradas apuntaron hacia ella, a la vez que aplaudían. Estaba preciosa con un vestido largo de hilo blanco, del que salía una pequeña cola, la espalda fuera y agarrado al cuello, con unas preciosas sandalias blancas. Parecía una novia ibicenca, estaba reluciente, no me quería ni imaginar cómo estaría el día de nuestra boda.

Me acerqué a ella para ofrecerle mi codo y le besé la mejilla.

—Estás de cine —sonreí feliz por tener a esa preciosidad agarrada a mí.

—Estás guapísimo —me miró con ese brillo que me enamoró.

Saludó cariñosamente a cada uno de ellos. De repente su hermano David pidió silencio ante nuestro asombro.

—Carlota —la señaló —se puso en contacto conmigo para trasladarme una idea de los chicos de la oficina y yo le dije que perfecto, mis padres y hermana al enterarse dijeron que también querían participar. Después se unió Raquel, así que me vi en la obligación de llamar a tus padres —me señaló —por supuesto dijeron que contara con ellos —miedo me daba saber que nos iban a decir —así que como me gané por toda la cara el puesto de representante, quería comunicaros que estamos muy felices por lo bien que salió lo de mi hermana y por la posterior noticia de vuestro enlace y...

—¡Vivan los novios! —gritaron Martina y Lucía interrumpiendo a David y causando unas risas.

—¡Vivan los jefes! —gritó Daniel causando una risa en todos.

—Yo no soy jefa de nada, advertidos quedáis, yo soy otra asalariada y así quiero seguir —dijo riendo Olivia.

—Bueno continúo —dijo David —Hemos querido haceros sendos regalos que sean para toda la vida, que os recuerden a todos y a este día en el que nos hicisteis partícipes de vuestro momento. Por supuesto son para que los uséis el día de la boda.

Alexandra apareció delante de nosotros con dos bolsas de joyería y le entregó una a Olivia.

—Primero la abres tú —sonrió.

Olivia abrió emocionada la bolsa que contenía una pequeña caja y al abrirla se puso a llorar al ver unos pendientes largos de oro blanco. Eran una verdadera maravilla repleta de diamantes pequeños. Muy elegantes, parecían antiguos. Iba a estar preciosa con ellos.

—Ahora te toca a ti —me dio la mía.

Me quedé impresionada al abrir la caja y ver ese reloj Rolex tan elegante y bonito para el gran día.

Les dimos las gracias a todos, impresionados, Olivia no dejaba de llorar cuando apareció Lucía con un ramo de flores y se lo entregó.

—De mi papi y mío, nadie más puso dinero —dijo causando una carcajada en todos. Ah y de Martina —la miró riendo con las manos en la boca.

Estuvimos tomando los entrantes, charlando con unos y con otros. Luego pasamos a las mesas donde se sentaron los chicos de la oficina en una y mis padres y la familia de Olivia con Raquel en otra, con nosotros y las niñas.

Nos sentamos en plan uve, una mesa frente a la otra, así que estábamos todos juntos prácticamente.

La comida fue espectacular, al igual que las risas que nos pegamos en esa mesa, sobre todo con Davinia y Carlota, que tenían el ambiente de lo más animado contando las mejores anécdotas del crucero.

Por la tarde se fueron mis padres y los suyos. Sus hermanos, Raquel y los chicos se quedaron, al igual que el servicio de camareros para las copas y la barbacoa de la noche. Solo se fue uno y quedaron tres.

Martina y Lucía se encontraban en la casa de muñecas que les había montado en el jardín, así que estaban distraídas. Nosotros comenzamos con las copas y Alexandra estaba de lo más graciosa ese día, diciendo que le debería dar un puesto de trabajo de tres horas por la tarde. La gracia consistía en que por la tarde las oficinas estaban cerradas y por la mañana ella estudiaba, decía que para algo tenía enchufe.

Daniel le dijo que se encargara de las redes, lo soltó con sorna, estaba loco por quitarse eso de encima, así que me dio la idea y le dije a él que le explicara todo y que le mandara a diario las actualizaciones, para que ella se encargara.

Comenzó a correr por todo el jardín con las manos levantadas diciendo que iba a ser la *community manager* de la empresa, nos empezamos a reír a carcajadas.

La bebida volaba, así sin más, era una copa tras otra. Raquel y Alexandra estaban de lo más animadas y eso que no bebían ninguna de las dos.

Olivia me miraba de reojo todo el tiempo con una sonrisa de oreja a oreja, provocando en mí todo tipo de sentimientos que tenía a flor de piel.

Estuvimos hasta la una de la madrugada, hora a la que nos fuimos despidiendo de todos, que se iban marchando y quedándonos solos los dos, además de las niñas que querían dormir juntas esa noche. De hecho, estaban ya en la cama.

Recogieron y se llevaron todo en media hora.

La cogí en brazos y la llevé a la habitación donde la desnudé para volverla a hacer mía...

Ese día había sido el primero para tantas cosas que teníamos que celebrar, ese día tomé conciencia de que comenzaba la vida que yo siempre había soñado.

## Capítulo 6



Cinco meses después...

Habían pasado cinco meses desde aquel fatídico accidente, el cual ella había superado como una campeona.

Olivia se incorporó a las oficinas en septiembre, pero con un horario peculiar, ya que se encargaba de llevar al cole a Lucía y de recogerla. Deseaba estar pendiente personalmente de ella, así que solo trabajaba el tiempo que la peque permanecía en clase.

En ese tiempo, ultimamos los trámites legales que me otorgaban a mí la custodia de la pequeña Lucía. El día en cuestión, Cata apareció en el juzgado embarazada de Héctor, feliz, como si el fruto de sus entrañas sustituyera a nuestra hija. No la podía ni mirar, ya que me producía mucha repulsa, pero salí satisfecho de tener legalmente a mi pequeña para mí y ella sin derecho a reclamarla en un arranque de esos de locura que le pudiera dar.

La pequeña llamaba mamá a Olivia y la veía como tal, así que no podía fluir mejor la cosa.

Le habían dado ya las vacaciones de Navidad en el cole. Yo hice lo mismo con todos mis empleados hasta después de Reyes, así que me despedí de las oficinas, de ellos y cerramos hasta entonces.

Disfrutábamos de la mañana de Nochebuena. Desayuné con Olivia entre risas y miradas cómplices, esas que se sucedían día tras día y esperábamos que fuera así para siempre.

—Vuelvo en un rato, voy a recoger las cosas que me faltan—la besé.

—Vale vida, en cuanto se levante la niña le doy de desayunar y voy con ella a comprarle los zapatos que quiere ponerse esta noche con el vestido nuevo.

—Claro. Nos vemos aquí a la hora de la comida.

La besé como la primera vez, siempre me producía ese cosquilleo en el estómago y me hacía sacar la mejor de mis sonrisas. Olivia me tenía enamorado por completo y estaba loco por casarme con ella a principios de verano.

Les había preparado muchísimos regalos para Papá Noel a las dos, los iba almacenando en mi despacho y aquella montaña iba creciendo, pues todo me parecía poco para ese día.

Aquella noche cenarían en casa mis padres, al igual que los suyos y sus dos hermanos, así que Finia se encargaría durante la mañana de dejarnos toda la comida lista, tras lo cual también disfrutaría de sus merecidas vacaciones hasta después de Reyes.

Yo había ido comprando buenos vinos, jamón, quesos y resto de exquisiteces. Ahora me tocaba ir a al mercado a recoger el marisco fresco y después los regalos que tenía encargados de última hora para mis chicas.

Mientras llevaba a cabo todas esas gestiones, me tomé un vino con Daniel, quien ya vivía con Carlota y Martina. Se sentían de lo más felices. En esos días habíamos quedado en vernos todos y hacer una comida en casa.

Volví y ya se iba marchando Fina. Le di un sobre con un regalo y la abracé.

—Papi, hay que comer poco que esta noche vamos a comer mucho —dijo Lucía corriendo a mis brazos nada más verme.

—Pues yo vengo hambriento —reí besándola.

Olivia se nos acercó, me dio un beso y nos abrazó, esa era mi familia, mi piña, mi vida...

Metí el marisco en unas ollas para hervirlo mientras almorzábamos y después del almuerzo coloqué los regalos con los demás en el despacho.

Nos echamos un rato en el sofá y nos quedamos dormidos.

Cuando me levanté preparé la mesa larga en el porche y la engalané con el mantel que había comprado Olivia especial para esos días, así como las servilletas a juego.

Puse los cubiertos, vajillas, copas, vasos... Quedaba preciosa la mesa con ese mantel blanco con unos bordados pequeños en rojo, muy navideña.

Olivia se levantó y sonrió al verme con todo montado. Me abrazó ahuecándose en mi cuello. Me encantaba olerla, siempre con esa frescura y calidez a la vez. Frenesí era lo que provocaba en mí.

—Ven, quiero darte algo —la llevé conmigo hasta el dormitorio donde saqué una caja de la joyería.

—Ummm regalo de joya —sonreía emocionada. Lo abrió y su expresión fue de sorpresa totalmente —Estás atento a todo —me besó y abrazó con fuerza.

Le había comprado un collar de perlas blancas largo. Yo escuché su comentario de que al vestido que llevaría por la noche le iría que ni pintado uno como aquel.

Ella había propiciado una cascada de sensaciones en mi vida. Al conocerla era toda una tentación, cuando apareció en el crucero se convirtió en mi pasión y en los últimos tiempos, todo un frenesí que alteraba para bien mi estado de ánimo, revolucionando mi vida.

Desperté a la pequeña que parecía que estaba desfallecida. Había que ducharla y prepararla con su vestido nuevo. Por una vez, dejó a las princesas de lado. Olivia le compró uno sin mangas de color champagne con detalles de purpurina y hasta la rodilla, con los zapatos de la misma línea, tipo bailarina. La vi venir hacía mí con un recogido muy divertido en la cabeza, con una lazada dorada delante. Parecía una actriz de cine en la recogida de un premio.

Olivia apareció con un precioso vestido largo en rojo, con un tejido con una textura y una caída perfectas, con su espalda fuera y el collar colgando hacia atrás. Le hacía unas curvas en las que me perdía, tuve que soltar el aire y servir unas copas de vino antes de que llegaran nuestros familiares, pero tenía claro que esa noche no la dejaría escapar.

Primero llegaron mis padres, cómo no, con un regalo para la niña. Y no se trataba de un regalo cualquiera, sino del perrito que tanto deseaba. No tardó en decidir su nombre: se llamaría Príncipe. Lucía lloraba de la emoción al cogerlo en sus brazos, no lo esperaba para nada.

Lo puso sobre la camita que le habían comprado también, en color tierra y bordados en celeste con dibujitos de huesos, una cucada como las que le gustaba a mi niña.

Un rato después, llegaron los padres y los hermanos de Olivia. Nos saludamos todos cariñosamente. Tampoco venían con las manos vacías. Sus padres traían un regalo para Lucía: un coche de capota precioso con un bebé dentro, así que la niña estaba que no cabía en sí de la alegría.

Alexandra llevaba las redes y los anuncios de la empresa, lo hacía muy bien y trabajaba desde su casa.

Ella y su hermano le habían traído a la pequeña un bañador con un vestido playero con la

imagen de Ariel, la sirenita de *Disney*, así que estaba de lo más contenta con sus regalos anticipados de Papá Noel.

La cena transcurrió con los hombres charlando entre nosotros y las mujeres entre ellas. El padre de Olivia y mi padre congeniaban a la perfección y se notaba el cariño, respeto y admiración del uno hacia el otro.

La cena fue preciosa. Yo no paraba de observar la gran familia que formábamos entre todos. Aquella percepción hacía que me sintiera completamente pleno.

Después de la cena, pasamos al postre y las copas. Todos habían venido en taxi así que no se privaron de disfrutar de la sobremesa que duró hasta la una de la madrugada, además los hermanos de Olivia se iban con sus amigos de fiesta.

Nos quedamos los dos solos sentados en el balancín, con una copa en la mano. La pequeña dormía en su habitación con su perrito a un lado en el suelo en su camita.

—Son mis mejores Navidades —me miró a los ojos con un brillo de esos que transmitían la mayor de las felicidades —Mis padres están muy contentos de que seas tú el hombre que esté en mi vida.

—Los míos también contigo —dije mientras acariciaba su mano.

—Es increíble la de cosas que pasaron en tan poco tiempo y que a la vez parece que transcurrieran a lo largo de una vida. Siento como si estuviera contigo desde hace mucho.

—A mí me da la misma sensación, como si llevara toda una vida a tu lado —se giró y se echó sobre mis piernas y comencé a tocarle el pelo.

Estuvimos mirando las estrellas un buen rato. Le eché una manta por encima, aunque estábamos sobre cubierto en el amplio porche y pese a que el clima de Tenerife era perfecto y esa noche no constituía una excepción.

Me la llevé a la cama abrazada, andando delante de mí. Sabía que tenía que deshacerme de ese vestido que me provocó durante toda la noche y es lo primero que hice la entrar a la habitación, dejarla desnuda ante mí, con la piel erizada por el contacto de mis manos acariciando sus pechos mientras me salía algún que otro gemido de excitación.

La senté en la cama y me puse de rodillas entre sus piernas, que abrió para mí mientras que se echaba hacia atrás apoyándose con sus manos.

La lamí, toqué, estimulé y cuando ya la tenía a mil la hice mía, en un momento de cruces de gemidos, de esos que no dan lugar a otro pensamiento más allá de la excitación por el momento...

Nos quedamos abrazados con la emoción de despertar en nuestra primera Navidad juntos.

Y llegó ese día tan especial para la pequeña, sobre todo.

Me levanté sin hacer ruido y comencé a preparar todos los regalos debajo del árbol. No tardó en aparecer Olivia sonriendo y con bolsas llenas de más regalos envueltos que puso alrededor de la base mientras miraba emocionada.

Dejamos todo listo y nos fuimos a la cocina a preparar el café. Sin duda, un acto necesario para afrontar el nuevo día de Navidad.

Le dejé preparado el Cola Cao a la pequeña, quien pronto se asomó por la cocina gritando que el árbol estaba lleno de regalos.

Olivia la abrazó sonriente y la sentó sobre su falda. Le dio una tostada a la vez que se tomaba su taza.

—Príncipe se hizo pipí en la habitación —reía contándolo.

—Ahora lo limpio, no te preocupes y le damos de comer —sonreía feliz escuchando a su niña, pues para ella ya lo era.

Nos fuimos a coger al perro y ponerlo con su camita en el salón mientras Olivia recogía el pipí y luego se unía a nosotros.

—Yo primera —decía Lucía sabiendo cuál era su parte de los regalos.

Comenzó a abrir cada uno y se emocionaba con todos. Era su costumbre: chillaba y luego carcajeaba por la felicidad.

Se colocó en la muñeca el reloj que le habíamos comprado de Cenicienta. Estaba loca con todas las muñecas, la cocina de juguete que se llevó al jardín y demás. Pasó hasta de nuestros regalos y se encaminó hacia el jardín con todos los suyos y con Príncipe.

—Bueno, te toca —extendí la mano —Empieza por el que quieras.

Se quedó sorprendida con todos. Su mirada era sensacional ante ese reloj de plata vieja que le compré en la joyería por si lo quería lucir el día de la boda o en cualquier otra ocasión. El vestido blanco de una firma de sus firmas predilectas también le gustó mucho. Igualmente pareció encantada con una caja de maquillaje de una firma que usaba, un perfume, un bañador blanco muy elegante y unas zapatillas de deporte que vio por Internet y le llamaron la atención, además de un portátil blanco de la marca de la manzana y no precisamente de la del jardín del Edén.

Estaba muy emocionada con sus regalos y me hacía muy feliz el saber que había acertado, así que ahora me tocaba a mí descubrir los míos.

Me encantó todo, un bolígrafo precioso de una marca que destacaba por la elegancia con la que los diseñaba, unos libros, sabía mi devoción por la lectura y las temáticas, unas deportivas blancas que eran de mi estilo, perfectas, además de una maquinilla de afeitar y un perfume.

Preparé la comida mientras Olivia jugaba con la pequeña en el jardín, rodeadas de sus juguetes nuevos. Puse la mesa en el porche con todo lo que sobró el día anterior que fue mucho y de buena calidad.

—Yo quiero ir con los cuatro abuelos al Loro Parque —decía Lucía.

La verdad es que los padres de Olivia la adoptaron como una nieta, la adoraban, al igual que sus hermanos, a los que llamaba tíos.

—Pues yo lo organizo para después de las fiestas y nos vamos todos —respondió Olivia causándole una sonrisa.

—Príncipe no puede ir —se encogió de hombros.

—Bueno, pero se queda aquí jugueteando con toda la casa para él —le tocaba el pelo.

—Mami princesa y el día de Reyes es mejor que hoy —recalcó para dejar claro que los regalos de ese día no contaban para el otro y nos causó una risa.

—Sí, mucho mejor, ese día hay muchos más regalos ¡Qué nervios! —se frotó las manos causando en la pequeña una sonrisa más amplia aún.

—Y a papá y a ti les pedí unas cosas que le dije a los abuelos para que hablaran con los Reyes —reía a la vez que lo revelaba.

—Miedo me da —arqueé la ceja aguantando la risa.

—No es miedo, es muy guay del Paraguay —reía.

—El mío mejor que el de tu padre, aviso —bromeó Olivia.

—No puede ser, es el mismo para los dos —se puso las manos en la boca riendo a carcajadas.

—Al final nos lo suelta antes de Reyes, te lo digo yo —reí sabiendo que no fallaba.

—No, ella no nos lo va a decir, no es ninguna chivata —la defendió.

El día fue mágico, hogareño, con mi pequeña gran familia, esa que hacía las delicias de mis días y sobre todo de esas primeras fiestas juntos.

Por la noche antes de dormir las puse muy nerviosas, diciéndoles que el día de Fin de Año

tenía una sorpresa para ellas.

La pequeña con los nervios se metió en medio de los dos, decía que dormía con nosotros, así que ahí se quedó hasta caer rendida. Y por si faltaba algo, también trajo el perro a la habitación. ¡Es lo que tenía que la familia aumentara!

## Capítulo 7



Y llegó la mañana del último día del año y con ello la sorpresa que tan nerviosas las tuvo, sobre todo la noche anterior, en la que les dije que hicieran las maletas, sin saber dónde iríamos.

Les preparé el desayuno y una vez listo las fui a buscar para que vinieran a tomarlo, intentaban sacarme información de sobre dónde iríamos, pero yo no iba a soltar prenda. Les hice meter en el equipaje ropa de abrigo, además de la indumentaria perfecta para una noche como esa. La de Lucía era para despistar, pues llevaba en mi maleta el vestido de princesa nuevo que yo le había comprado.

El día anterior habíamos dejado al perrito en casa de mis padres, ellos sí sabían dónde íbamos. Por supuesto me guardaron el secreto y fueron mis cómplices, me animaron mucho a sorprenderlas.

Salimos hacia el coche y me las llevé al aeropuerto a media mañana, las dos se miraron al comprobar que el destino era París.

—Las princesas nos esperan en *Disney* para despedir el año —les hice un guiño y las dos se pusieron a aplaudir emocionadas. A Olivia también le gustaba ese lugar y quería que fueran esta vez como ellas se sentían, como una madre y una hija.

Facturamos y entramos en la zona de embarque mientras ellas derrochaban alegría por doquier. Embarcamos y la pequeña se sentó en medio.

—Papá el vestido de princesa era el que me tenía que poner esta noche para la cena y llevo uno normal.

—Bueno hija, la factoría *Disney* es tan mágica que vete a saber con qué te encuentras.

—Pues me vas a tener que comprar allí un vestido nada más llegar —dijo mirando a Olivia y buscando su complicidad para que le diera la razón.

—Di que sí, un Fin de Año de princesas hay que pasarlo como princesas —le hizo un guiño.

La pequeña estaba de lo más nerviosa, se pasó el vuelo preguntando mil cosas, como cuántos días íbamos a estar allí. La felicidad completa se reflejó en su cara cuando le dije que cinco.

—Entonces cuando volvamos será el día de Reyes.

—Bueno, faltaría un día para eso.

—Un día no es nada —replicó.

—También es verdad —dije mientras Olivia sonreía.

Cuando salimos al coche que nos esperaba en la terminal para trasladarnos, nos dimos cuenta del frío que hacía allí, hasta la pequeña soltó un “*wow*” que nos hizo reír al ver su cara.

Llegamos al hotel principal, la niña estaba súper emocionada saludando a los personajes que se encontraban en él.

Había logrado reservar unas de las mejores *suites* del hotel. Se quedaron fascinadas al verla.

Eran las seis de la tarde cuando entramos en ella y colocamos nuestras pertenencias.

—Papi yo quiero ser una princesa esta noche —se cruzó de brazos.

—Y lo serás, ven —quitó la bolsa que cubría su vestido, que colgaba sobre una percha.

Las caras de Olivia y de la niña al ver el vestido de la princesa de *Disney* “Tiana y el sapo” eran para grabarlas.

El vestido era precioso en color verde a dos tonos. Se lo quiso poner rápidamente y nos quedamos impactados de la preciosidad que teníamos ante nuestros ojos.

Olivia la maquilló y le recogió el pelo para ponerle la tiara con la que terminaba de ser una princesa con mucho estilo y glamur.

Nos preparamos y Olivia apareció preciosa con ese vestido suelto hasta la rodilla de mangas hasta los codos y cuello redondo, en color gris plata lleno de lentejuelas. Su aspecto era increíble con esas sandalias grises a juego.

Yo había elegido un traje de chaqueta gris claro entallado al cuerpo con una camisa abierta blanca también ajustada. Como complementos, la correa azul marino a juego con los zapatos de aire deportivo del mismo color.

Llegamos al gran salón donde se celebraba la cena de Fin de Año, espectacular con los camareros vestidos de príncipes y las camareras de distintas princesas.

Nos acomodaron en la mesa que habíamos reservado para los tres, la música era animada, versión *Disney* como todo lo que se palpaba allí.

Nos ofrecieron los menús especiales y elegimos todos el mismo.

Unos entrantes de lo más elaborados y exquisitos, unos principales a base de pato con una salsa que era una delicia y unos postres que combinaban helado y pastel.

La niña se pasó toda la cena con la boca abierta viendo el espectáculo que estaban ofreciendo mucho de los personajes y en el que hacían partícipes a todos los peques allí presentes.

Olivia aplaudía a ritmo de la música y se levantaba a bailar como muchos niños animados por *Mickey* que fue el que más la lio, así que Lucía tenía la perfecta compañera para disfrutar de ese momento mientras yo las grababa.

Luego pusieron música y la gente se dispersó por los diferentes bares del hotel, hasta las doce que comenzaron todos a aplaudir a ritmo de los fuegos artificiales que anunciaban la entrada de un nuevo año.

Los tres nos abrazamos y besamos. Nos deseamos lo mejor en esta entrada, pero juntos, siempre de la mano, como una familia, pues en eso nos habíamos convertido.

—Nuevo año con mis dos papis —dijo Lucía abrazándonos con fuerza mientras la sostenía en mis brazos.

No fuimos a la habitación y la pequeña se cambió, le pusimos un pijama que le había comprado para el viaje de *Winnie the Pooh*. Cayó rendida mientras nosotros nos fuimos al salón de la *suite* que tenía unos grandes ventanales al parque y naturaleza.

Abrí una botella de champagne, serví dos copas y nos sentamos en el amplio sofá con sus piernas encima de las mías.

—Nuevo año, vida nueva, se queda atrás todo lo malo —decía mientras me besaba pausadamente.

—Sí, por favor, adiós a las desgracias —sonreí acariciando su cara.

Acaricié sus piernas por debajo del vestido mientras la miraba sediento de ella. Di un trago a la copa y la puse sobre la mesa, lo mismo hice con la suya, que retiré de sus manos.

Le quitó las medias y las bragas, la dejó con el vestido por encima de su cintura y la sentó encima de mí, de frente. Ella se movía rozándose con mi miembro, que comenzaba a hincharse de

forma considerable mientras yo mordisqueaba sus labios.

Noté cómo se excitaba y pedía más, nos levantamos, la terminé de desnudar mientras ella hacía lo mismo conmigo.

La pegué contra la pared llevando sus brazos por encima de la cabeza, agarrándola con una mano y mirándola de frente pausado a un lado, con la otra mano comencé a jugar con su clítoris hasta conseguir que estallara de placer.

La levanté a mis caderas y la penetré, dejándola agarrada sobre mi cuerpo mientras yo la tenía contra la pared y me movía buscando llegar a ese punto que tanto deseaba, ese que solo con ella conseguía alcanzar con tal intensidad.

Cogimos las copas y nos metimos en el *jacuzzi*. Ya lo había comenzado a llenar nada más llegar y allí nos tomamos relajadamente el champagne, entre sonrisas y miradas de complicidad, felices por la vida que habíamos conseguido en común y a pocos meses de ratificarla con nuestro enlace.

Primer día del año y una jornada para disfrutar por el parque...

La pequeña se levantó quejándose de que se quería vestir de princesa, así que Olivia le puso unos leotardos con unas botas nórdicas forradas por dentro y el vestido con una camiseta interior de mangas largas, encima por supuesto el chaquetón que solo dejaba entrever el vestido por debajo y la corona del pelo, pero ella ya iba de princesa y era lo que contaba.

Nos abrigamos y bajamos a desayunar en el restaurante del hotel.

Tras el desayuno nos fuimos a perdernos por el parque...

El frío era aterrador, las orejas de la niña estaban rojas como tomates así que entramos a una tienda y le compramos unas orejeras de princesa, pues tenían todo lo que una princesa debía necesitar para cualquier ocasión. Ya se encargó la marca Disney de que se dejara allí todo un pastizal el visitante, encontrando todo lo que pudiera desear o precisar.

La hora del almuerzo la pasamos en un restaurante de los más distinguidos del parque, viendo un espectáculo de Navidad precioso.

—Papi, tenemos que comprar una casa aquí —decía mientras comía y miraba la actuación.

—Claro, ya pongo una hucha —bromeé mirando a Olivia y también de reojo a Lucía, que reía feliz.

—Deberíamos haber traído a Martina.

—Vida, es una fiesta que cada uno debe pasar en familia.

—Pero ella es nuestra familia ya —volteó los ojos.

—Bueno con su familia más directa, con su madre, con Daniel...

—Pues habrá que volver con ella —la miré negando y dando por hecho que así debía de ser.

—Claro, claro —asentía yo bromeando y haciendo que le daba la razón y Olivia negaba riendo al ver cómo la dejaba tranquila.

Terminamos de comer y nos fuimos a pasear por el parque, la pequeña quería buñuelos y buñuelos tendría.

Entramos a una de las tiendas y Lucía se fijó en unos pijamas tipo mono de cuerpo entero que se cerraban con una cremallera por delante. Los había para los tres.

—Papi, compramos tres que son de *Mickie* y esta noche hacemos una fiesta pijama cenando.

—¿Con esos pijamas? —los miré aterrado de pensar en verme embutido en uno.

—No seas soso, hay que ser divertido —decía Olivia mientras miraba las tallas y se iba para caja a pagar.

—No sé yo...

—Ya estaba pagando ¿Para qué iba a decir nada?

La pequeña me miraba riendo, sujeta a la cintura de ella que estaba cogiendo la bolsa y yo la miré negando mientras reía por haber conseguido su objetivo.

Ese chocolate que llevaba y esa caja cogida de mala postura cayó sobre el chaquetón de la pequeña, dejando una gran mancha de lo más fea que no se quitaba ni con un paquete de toallitas de bebé.

—Menos mal que le eché dos abrigos más —reía Olivia.

—Menos mal —negué mordiéndome el labio.

Estuvimos dando vueltas hasta que salió la cabalgata que tanto les gustaba a las chicas. Después, volvimos al hotel a cenar, ya que el frío era insoportable.

Pedimos que nos subieran unos sándwiches con patatas a la *suite*, en ella teníamos refrescos, zumos, vino, cafetera y demás.

Nos pusimos los pijamas y nos echamos unos *selfies*, al final me iba a gustar y todo. Era calentito, de un tacto perfecto, con eso te quedabas dormido de lo más plácidamente.

Estuvimos viendo una peli de *Disney* de Navidad y luego nos fuimos a dormir, el día había sido especial y largo.

El tercer día no comenzó muy bien....

A Lucía le dolía la garganta y estaba de lo más triste, decaída e impertinente. Tuvo que venir a verla el médico del complejo, que le recetó medicamentos para la fiebre y garganta.

Nos quedamos ese día en la *suite* y pedimos que nos trajeran todas las comidas, así que lo pasamos viendo dibujitos y mimando a la pequeña, que estaba en el sofá con la manta y sin ganas de nada. Nos partía el corazón verla así.

Al día siguiente iba a mejor, pero quisimos resguardarla, así que solo bajamos a desayunar dentro del hotel, a almorzar y cenar. La pequeña tampoco tenía muchas ganas de movimiento y estábamos totalmente pendientes a ella, así que los dos últimos días de vacaciones los pasamos encerrados.

Por la mañana ya tenía Olivia todo preparado. Era el día del regreso, pero íbamos bien de tiempo, así que desayunamos viendo la animación de los personajes en el restaurante y luego entretuve a la pequeña un rato mientras Olivia se fue a comprar algunos regalos más para Reyes.

A mediodía y después de almorzar en un restaurante de comida rápida del aeropuerto, embarcamos en el vuelo que nos llevaría de vuelta a la isla, a nuestro hogar, ese que también echábamos de menos.

Aquella tarde y el siguiente día los pasamos preparando los regalos para lo que estaba a punto de llegar.

Y amaneció el día de Reyes y los chillidos de la pequeña se escuchaban desde el salón al descubrir que sus majestades ya habían pasado por allí.

Olivia y yo nos miramos riendo y nos fuimos junto a ella. Le comenté que no abriera nada hasta que yo preparara los cafés y el Cola Cao, mientras estaba tocando los que le dejé en abierto, como una muñeca gigante que pidió encarecidamente, una cuna con un bebé ya que tanto le gustaban, y una tienda campaña de *Frozen* que le había dejado montada lista para poner en el jardín.

Puse las tazas sobre la mesa que había frente a los sofás que estaban repletos de regalos y la pequeña se puso muy nerviosa a abrir todos. La emoción la embargaba mientras lo hacía y descubría que no faltaba nada de los que había señalado en los catálogos, además de muchas cosas más que no esperaba.

—Me muero de alegría —decía Lucía, cogiendo todo nerviosa perdida.

—Toma el Cola Cao, anda —dijo Olivia mientras reía y la agarraba por el brazo para se tranquilizara un poco.

Olivia abrió sus regalos, cada ropa o complemento le hizo mucha ilusión, pero con lo que más se emocionó fue con una cadena de oro que en medio tenía un colgante con la palabra “mamá”. Eso la dejó patidifusa, pues ella se sentía así con Lucía y esta la quería como su madre.

A mí me encantaron sus regalos: una corbata preciosa de una de mis firmas favoritas, unas camisetas, un perfume y dos pares de vaqueros de la firma de toda la vida y que más me gustaba, *Levi's*.

Sus padres y hermanos no tardaron en llegar y nos agasajaron con regalos, a partes iguales, pero siempre se volcaban más que generosamente con la pequeña, a ella le habían traído de todo.

Nosotros también les entregamos sus regalos, al igual que a mis padres con los que intercambiamos un rato después cuando llegaron.

Almorzamos juntos en nuestra casa, donde teníamos todo preparado desde el día anterior en que Olivia y yo nos metimos en la cocina mil horas después de arrasar en el mercado y supermercado.

La pequeña explicaba cada uno de sus regalos y Olivia ponía cara de resignación. El dormitorio de Lucía, a pesar de ser grandísimo, ya no tenía sitio para albergar tantos juguetes, inclusive una gran parte del jardín era una zona suya de juegos.

Pasamos un precioso día con ellos, con nuestras familias, esas que siempre estaban ahí para nosotros con la mejor de sus sonrisas.

Los siguientes días marcaron la vuelta a la rutina, al colegio, a trabajar, por la tarde casa y los fines de semana con los amigos y cómo no, se acercaba el momento de comenzar a preparar nuestra boda, el evento que nos permitiría alcanzar nuestro siguiente sueño, el declararnos oficialmente marido y mujer.

## Capítulo 8



Dos meses antes de la boda y los nervios se podían apreciar por todas partes...

Esa mañana acompañé a Olivia a llevar a la pequeña al colegio, nos lo tomamos con calma y desayunamos juntos antes de meternos de lleno en una nueva jornada laboral.

Llegamos a las oficinas y ahí estaba Carlota esperándonos impacientes.

—Jefe, he avisado a todos para que estén a las diez en la sala de juntas —dijo ante nuestro asombro.

—¿Y eso? ¿Algo que se me haya pasado?

—Hoy me voy a tomar la licencia de dar una noticia de la que debe estar al tanto toda la empresa —decía con seriedad.

—¿Paso algo? —preguntó preocupada Olivia, no era normal que citara a junta Carlota.

—Tranquila, en un rato lo entenderéis —sonrió forzosamente.

Olivia y yo nos fuimos a los despachos intrigados por lo que pasaría para que Carlota hiciera eso, cosa que no era normal y mucho menos tenía ni pies ni cabeza. En cualquier caso, confiaba en ella y sabía que no diría nada que debiera yo conocer antes y decidir el sí o el no.

Me preparé un café y revisé el trabajo. Me puse manos a la obra hasta las diez que aparecí por la sala de juntas y Carlota me extendió la mano para que me sentara junto a mis compañeros, ya que había ocupado ella el sillón presidencial. Todos se miraban incrédulos ante el atrevimiento que estaba mostrando, pero como nos teníamos mucha confianza dimos la oportunidad de que se explicara sobre tan extraño comportamiento.

—Os he citado a todos aquí —dijo levantándose —para haceros participe de algo que está pasando en esta empresa...

Por un momento me entraron hasta sudores, me estaba asustando la posibilidad de que sucediera algo grave que yo ignorase.

—He de deciros que desde hace un mes se está formando algo de lo que no sois conscientes —se puso la mano en la barriga y sonrió —y de lo que Daniel y yo os queremos hacer partícipes.

En ese momento todos comenzamos a reír y a aplaudir felices por la noticia de su embarazo.

—Eso sí que es un hijo de la empresa —bromeó Davinia mientras la abrazaba.

Aquello sí que nadie lo esperaba y lo habían mantenido hasta ese momento en la más estricta intimidad, pero lo cierto es que nos emocionó muchísimo y terminamos todos bajando al bar a tomar un desayuno y celebrarlo.

Daniel me miraba con cara de acojonado y yo le decía que ya la prueba de fuego la había pasado con Martina, esa pequeña cuyo corazón se había ganado y que era hora de que le dieran un hermano.

—Pero Alexis, que me va a tocar cambiar pañales —ponía cara de aterrado.

—¿Sabes lo bien que huele la mierda de los bebés? —bromeé para buscarlo más.

—Calla, calla, quién me mando a no usar condones —reía negando, pero Carlota lo escuchó.

—No digas gilipollices que nos hemos tirado dos meses buscándolo día y noche —negó conteniendo aire.

—Eso, encima reprochámelo, con lo que me costaba hacer las flexiones todos los días— bromeaba.

—Flexiones dice —negó volteando los ojos —siempre me tocaba arriba, le cogió gusto el chaval.

—¿Qué dices? Para dos veces que te mueves, anda qué... —respondía aguantando la risa.

La noticia fue un revuelo por las oficinas, todos estaban locos con el embarazo y encima se aproximaba nuestra boda que era el tema de conversación últimamente allí, así que ahora tenían otro titular más para entretenerse.

Olivia salió antes de tiempo para la prueba del vestido, ese que era su secreto mejor guardado, como hacían todas las novias y que a ella la tenía deseosa de que llegara el día en el que lo pudiera lucir.

Recogió a la pequeña y yo les di el encuentro para ir a comer y acercarnos después a la joyería que frecuentaban mis padres para elegir las alianzas que serían también regalo de ellos, como mi traje. El de Olivia era regalo de los suyos.

Mi futura mujer se quedó prendada de unas que eran de oro blanco y de color, la verdad es que eran finas y elegantes, me gustaban también para llevarlas en el dedo así que apoyé su elección y la chica las apartó para enviarlas a grabar y entregárselas a mis padres.

A la pequeña le compramos unos pendientes, a los que les echó el ojo nada más verlos, unas perlas blancas con el osito de la firma *Tous*, así que se los regalamos para que se los pusiera ese día.

Cenamos en la calle después de varias compras y algún que otro capricho que se nos antojó sobre la marcha.

Esa noche nos acostamos charlando sobre el embarazo de Carlota y Daniel. Nos había hecho mucha ilusión y sabíamos que a ellos les iba a venir muy bien.

Aquella semana los nervios y bromas no paraban de circular por la oficina, aquello era un loquero de chismes entre unos y otros con los que me hartaba de reír, todo en el buen sentido de la palabra ya que se adoraban. Si de algo estaba orgulloso era de la buena onda que se percibía en la financiera entre los compañeros.

El sábado vinieron a comer a casa Daniel, Carlota y Martina, las niñas se fueron al cuarto a jugar inmediatamente. Abrí una botella y la descorché, menos para Carlota, a quien le preparé un coctel sin alcohol que le encantó.

Olivia y Carlota charlaban todo el tiempo de la boda y del embarazo, estaban de lo más felices, nerviosas y emocionadas. Me encantaba verlas así, disfrutando de lo que era su momento, tanto para la una como para la otra. Lo que estaban viviendo era muy especial, así que las entendía perfectamente y disfrutaba de verlas tan contentas.

Fernando y Davinia se acercaron más tarde, al igual que Elba con su novio, Gonzalo, una gran persona que ya considerábamos de nuestro círculo.

Los chicos comenzamos a preparar lo necesario para hacer esa noche la barbacoa en mi casa. Para nuestra sorpresa apareció Alexandra, la hermana de Olivia, que estaba hablando por mensajes ese día con ella y se animó a unirse.

Gonzalo y Elba nos dieron otra noticia. Se iban a vivir juntos a la casa de él. La de ella la cerrarían ya que no querían alquilarla para que no se la destrozaran, algo típico que podía ocurrir

con los alquileres y que ella se negaba a permitir, más que nada porque no tenía necesidad económica de correr tal riesgo.

Nos alegramos muchísimo. El año comenzaba con buenas noticias para todos, que ya habíamos encauzado nuestras vidas, así que ese día había que celebrar tantas cosas que no pudimos dejar de brindar todo el tiempo.

—Por cierto, este año os vais de luna de miel, pero queremos crucero a la vuelta, avisados quedáis —advirtió Carlota.

—Vida, a ver si en el crucero te va a dar por vomitar —advirtió antes de que se liara.

—¿Vomitar? ¿Y? Sarna con gusto no pica.

—Vida, eso mejor el año que viene —sonrió Daniel aparentando tranquilidad en lo que consideraba una locura propuesta por su novia.

—Relax —irrumpió abriendo las manos Elba —este año podemos irnos a un *resort* todo incluido al sur de la isla, a que nos pongan todo por delante una semana. Ya otro año, si eso, hacemos lo del crucero.

—Te doy la razón —aplaudió Daniel.

—Mira, cacho capullo —dijo Carlota mirándolo con mirada asesina —que estoy preñada pero no limitada, que con la barriga soy capaz hasta de hacer parapente —chuleó bromeando.

—No dije eso —puso cara de ofendido causándonos unas risas.

—Por cierto, después del bombo, espero que te replantees lo del anillo.

—Vida ¿Cuándo decías que íbamos a ir a comprar la habitación del bebé?

—Eso, ahora disimula, antes que era muy pronto y ahora te entran las prisas. Anda, anda, que se te ve el plumero, pero más vale que me pongas el anillo o te voy a dar muy mala vida —le hizo un guiño que era más que nada una advertencia.

—¿Más mala vida que haberme atado?

—Uy lo que me ha dicho... —se puso la mano en la frente ante la mirada de todos por ver qué soltaba —Te voy a decir una cosa Danielito, no me hace falta un anillo de alguien que no está a mi altura —le sacó la lengua y todas las chicas hicieron un “*uhhh*” que hizo que Daniel se bebiera la copa de vino de un trago y pidiera otra.

—Me van a dar el día —decía poniendo cara de ofendido, haciendo la broma.

—Yo no es por calentar, pero ante los ojos de Dios está muy mal ser padres fuera del matrimonio —dijo Alexandra levantando las manos y añadiendo más leña al tema.

—Yo soy ateo, así que a mí ni me mires —no tardó en soltar Daniel intentando esquivar la piedra.

—Tú eres ateo como todos, hasta que les pasa algo y piden un milagro a Dios y a todos los arcángeles del cielo —negaba Carlota muerta de risa y en eso tenía razón.

Yo no era muy creyente, así que lo viví cuando le pasó lo del accidente a Olivia. En esa época me aprendí hasta el rosario, no había rezado tanto en mi vida, ni en el colegio de curas en el que me metieron mis padres para cursar los primeros años de estudios.

—No me deis la noche, por favor —tosió y miró a Gonzalo —al final hasta me voy a poner con tos por los disgustos que me dan las mujeres.

—Yo no quiero saber nada —levantó las manos en son de paz.

—Mira ni el médico te hace caso, desde luego que para lo que has quedado...

—No veas el embarazo que me espera —soltó el aire y volvió a beber la copa de vino de un trago.

La noche fue de lo más divertida, estábamos todos y la verdad que ellos me hacían sentir estar

rodeado de personas que merecían la pena, tanto en mi vida personal como laboral.

Salí de la ducha, con el bóxer puesto. Olivia estaba tumbada en la cama, mirando el móvil. En ropa interior y joder, ya me había puesto cardíaco. Me tumbé a su lado y se lo quité.

—¡Oye! —rio.

—¿Prefieres mirar el móvil teniendo esto —señalé mi cuerpo —a tu lado? —chasquéé la lengua, como regañándola tras usar un tono de exagerada incredulidad.

—Eso es chantaje emocional —rio. Se puso sobre mi cuerpo y me dio un dulce beso—. Siempre te voy a preferir a ti.

—Buena respuesta —sonreí.

—Pero...

—Ya no es tan buena —resoplé, bromeando.

—A veces no viene mal un poco de imaginación.

Fruncí el ceño, siguiéndole la broma.

—¿Me estás diciendo que estabas mirando cuerpos que no eran el mío? —me hice el enfadado.

—Quién sabe...

La agarré por el trasero y lo apreté.

—No lo harías —dije con seguridad.

—¿Por qué no? Imaginar no es malo.

—Fácil. Porque ninguno de ellos soy yo —carraspeé.

—Desde luego, no tienes abuela —rio, haciéndome reír a mí. Suspiró y acarició mi rostro—. Ha sido todo perfecto, me lo he pasado muy bien —dijo recordando el día que habíamos pasado con nuestros amigos.

—Son los mejores, somos afortunados de tener amigos así —concordé.

—Pues sí. Pero aún queda algo para que la noche sea perfecta —su voz juguetona. Movié su cuerpo, rozándose contra lo que ya era una erección incipiente.

—¿Y qué propones? —metí la mano por debajo de su ropa interior, rozando su piel.

Se sentó sobre mis caderas y, lentamente, se deshizo del sujetador.

—Creo que quieren un poco de atención.

Gemí y las cogí con las manos, les dedicaría todo el tiempo que necesitase.

Me gustaba tenerla así, sobre mí, mirando su cara mientras el deseo se apoderaba de ella.

Su piel tiñéndose de rojo, sus dientes mordiendo su labio inferior, excitada.

No necesitaba mucho para tenerla preparada, igual que me pasaba a mí con ella.

Se movía con sensualidad, su sexo acariciando mi pene por encima de la ropa. Tiré de ella hasta que pude lamer su pezón, lo mordí, haciéndola gritar.

—Dios... —gimió.

Me gustaba torturarla, llevarla al límite y no era complicado. El sexo con Olivia siempre era puro fuego y no tardaríamos mucho en arder los dos.

Con la mano en su nuca, junté sus labios con los míos y la besé. Acaricié su lengua, la mordí. Sabía a deseo crudo, tenía que hundirme, pronto, en ella.

Intercambié las posiciones y me deshice de la ropa que se interponía entre los dos.

—Gírate y ponte de rodillas.

—Hmmm...

Se puso de rodillas dándome la espalda y, poco a poco, fue bajando. Me coloqué entre sus piernas abiertas, su trasero a la altura de mi vientre. Con una mano, acaricié su espalda y con la otra acaricié su sexo. Mojada. Empapada y preparada para mí.

—Hoy quiero hacerte gritar —cogí mi miembro y lo puse en la entrada de su vagina, desde atrás—. No quiero que te contengas —un gemido ronco salió de mi garganta cuando entré en ella. Joder, esa postura era lo mejor. Me apretaba como un jodido guante.

Salí lentamente y entré con rudeza. Gritó. De nuevo... Gritó.

—Alexis...

Como siempre, eso era lo único que quería oír. Mi nombre sonando desesperado, pidiéndome más.

—Quiero que te corras, Olivia y quiero que grites al hacerlo.

Y yo iba a conseguirlo. Comencé a moverme con más fuerza. Su cuerpo moviéndose hacia adelante por la intensidad con la que la penetraba. Me dejé caer un poco sobre su espalda y agarré su pecho para pellizcar su pezón mientras mi otra mano comenzó a tocar su clítoris.

—Joder, no puedo... —la voz entrecortada.

—¿Qué no puedes? —gruñí.

—No voy a poder aguantar —las palabras entrecortadas.

—No quiero que lo hagas, cariño. Dame lo que quiero.

La penetré con fuerza y el orgasmo llegó. Gritó, como yo quería y gruñí cuando, momentos después, me corrí dentro de su cuerpo. Joder, cada vez era mejor con ella.

Salí de su cuerpo y ella se dejó caer, agotada. Me tumbé a su lado, me faltaba el aire.

—Ahora sí es una noche perfecta —suspiró, saciada.

Me reí, cogí su cuerpo laxo y la hice acomodarse sobre mi pecho. Le di un dulce beso en la frente y, abrazada, suspiré.

—No, mi amor, ahora sí es perfecta —le aseguré.

—Gracias —levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Por qué? —pregunté extrañado.

—Por hacerme feliz.

Me emocioné al escuchar eso. Era yo quien tenía que estar agradecido con ella por tenerla en mi vida. Negué con la cabeza y la besé con todo el amor que sentía.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias, Olivia.

—Pues gracias a los dos —rio, emocionada también. Me besó y volvió a apoyar la cabeza en mi cuerpo—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Esa sí era la mejor manera de terminar la noche. Con Olivia a mi lado.

## Capítulo 9



La boda se iba aproximando y con ella nuestros nervios, hasta Lucía nos tenía como locos por la emoción del próximo enlace.

—Mamá, tú vas a ser la princesa y Martina y yo las princesitas —decía recordando que su amiga la acompañaría al altar a su lado pues así lo habíamos decidido cuando la pequeña nos lo propuso. Las dos estaban locas porque llegara el día.

—Seréis mis princesitas —le decía mientras la besuqueaba.

—Papi y Olivia será tu princesa mayor y yo tu princesa niña.

—Claro, cariño —reí negando por las cosas que tenía.

—Los abuelos dicen que ese día yo seré la más guapa pero que no se lo diga a nadie —dijo refiriéndose a los padres de Olivia que no paraban de decirle que iba a ser la estrella ese día.

—Pues yo creo que tienen razón —dijo Olivia riendo y levantando la ceja.

Una emoción máxima se estaba apoderando de cada uno de nosotros, menos mal que todo estaba controlado y listo para ese día que ya parecía inminente.

Mis padres vinieron a casa a traernos churros. Se habían acercado al norte temprano para hacer unas cosas de última hora y aprovecharon para ponernos en bandeja ese desayuno que tanto le gustaba a la pequeña para mojar en el Cola Cao.

Los abuelos estaban con Lucía que morían de amor, pero con Olivia no se quedaban atrás. La abrazaban y trataban con un cariño impresionante, la veían como una hija, al igual que sus padres conmigo. Se les notaba a leguas la felicidad por el hecho de que yo pasara a formar parte de su familia.

Nos invitaron a comer en un restaurante que había en una playa y en el que hacían un pescado frito que estaba de vicio.

Nos fuimos con ellos aprovechando su visita y de paso avisamos a los padres de Olivia que no dudaron en apuntarse. Eso sí, tuvimos que pasar antes a por Martina, ya que la niña lo pedía a gritos. Decía que tenían que hablar mucho de lo que iban a hacer en la boda, cosas de niños, pero ellas lo vivían a su forma.

Martina y Lucía estaban jugando en la arena y venían a picotear algo, pero se volvían a ir.

Tanto sus padres como los míos estaban tan emocionados con el enlace que no podían dejar de hablar sobre ello.

Esa noche se llevaron los padres de Olivia a la pequeña a dormir ya que al día siguiente la querían llevar con Alexandra a un circo muy famoso que había llegado a la isla. Por esa razón, nos dejaron solos en casa para disfrutar el uno del otro, para celebrar que en pocos días nos convertiríamos en marido y mujer.

A la mañana siguiente dejé a Olivia en el centro, ya que tenía que recoger unas cosas, y me fui a la oficina a dejar todo lo del trabajo listo antes de marcharme de vacaciones por la boda y la

luna de miel posterior de la que tantas ganas tenía.

Al abrir el correo me sorprendió uno, era de Olivia y como título ponía “Todo lo que debes saber”

Me quedé sorprendido al abrirlo y ver que se trataba de una carta bien larga. Me preparé un café y aunque nunca lo hacía, y menos en mi despacho, lo necesitaba, así que encendí un cigarro y me puse a leer ese correo con detenimiento.

*Hola, mi vida.*

*Esto no es un correo que haya escrito ahora en un momento en el que necesitaba transmitirte todo lo que siento, es algo que llevo varios días escribiendo de la mejor forma para que entiendas mis sentimientos.*

*Mi vida no la había imaginado así, como sabes yo tuve una vida anterior en la que me sentí la mujer más afortunada y feliz al lado de otro hombre con el que soñaba que algún día sería mi marido.*

*No fue fácil perderlo, inclusive hoy en día sigue una parte de él viviendo en mí y no quiero que se vaya, pues lo bueno no debe ser olvidado y él lo fue conmigo. Jorge me dio momentos que jamás podré olvidar y se llevó consigo una parte de mi corazón, ese que pensé que jamás podría volver a latir por nadie más.*

*Cuando aún me lamentaba y machacaba con su muerte, conseguí el empleo que siempre había soñado. Me prometí dar lo mejor de mí y que él, desde donde quisiera que estuviera, se sintiera orgulloso de ver cómo avanzaba y lograba mis objetivos. Lo que nunca imaginé es que más que un trabajo encontraría al hombre con el que compartiría mi vida, con el que daría el paso de hacer lo que siempre soñé con el otro.*

*Me enseñaste que se puede volver a amar sin sentirse culpable, que podía volver a enamorarme de la misma manera que lo hice con él y que no por eso estaba siendo injusta o mala persona.*

*En el momento que me dejé de llevar por esos sentimientos que comencé a tener hacia ti pasó lo de Helga, no se me va a olvidar el puto nombre en mi vida, pero gracias a eso creo que la vida nos dio un zarandeo, que nos hizo comprender lo que queríamos y lo que necesitábamos en nuestras vidas, a los dos por igual.*

*No sabes lo que me alegré al verte aparecer por Londres, aunque me quise hacer la dura para ver hasta dónde estabas dispuesto a llegar por mí.*

*Lo del crucero fue lo que me despertó y me hizo saber que querías seguir luchando, a pesar de lo difícil que te lo había puesto diciéndote que tenía una nueva ilusión.*

*Y sí, cuando te fuiste de Londres me di cuenta de que en ese momento más que nunca mi alma se había ido con vosotros, que no iba a encontrar una vida mejor que a vuestro lado, que*

*no quería amar a nadie que no fueras tú. Por eso, desde el primer momento que me llegó la invitación del crucero tenía claro que iba a ir, pero te lo tenía que negar para darte una gran sorpresa.*

*Volvió a pasar algo por lo que nuestras vidas volvían a ponerse en paréntesis a causa de ese maldito accidente, pero no hubo un día que no te escuchara hablarme, que no sintiera que estabas ahí de verdad, sufriendo por verme en esa situación que tan impotente me hacía sentir por no poder contestar, pero sabía que sí salía de esa eras el hombre con el que quería compartir mi vida.*

*Te tengo tanto que agradecer que no te lo podrías imaginar, empezando por lo de la sueca, gracias a su aparición, que creo que supuso el punto de inflexión para que nuestras mentes aclararan lo que necesitaban y ese accidente para hacernos entender que pasara lo que pasara siempre estaríamos el uno para el otro sin soltarnos de la mano.*

*Ahora nos vamos a casar y somos padres de una preciosa niña a la que amo por encima de todo como si hubiera salido de mis entrañas.*

*Quiero agradecerte ser como eres y reconocer que eres aquel hombre capaz de hacer feliz a una mujer con todas las letras y que el respeto, el cariño y la pasión con la que nos tratas a Lucía y a mí, nos hace sentir las mujeres más afortunadas del mundo por tenerte a nuestro lado.*

*No imagino una vida sin ti, sin nuestra pequeña, esa que se convirtió en una de las personas más importantes que existen para mí.*

*Nadie dijo que la vida era fácil, pero tú me enseñaste que tampoco lo era imposible y no lo fue, a pesar de las trabas que el destino nos puso en el camino, el amor que sentíamos el uno por el otro estaba por encima de ello y luchamos con un mismo objetivo, tener una vida en común.*

*Y fue tu mano, que nunca me soltó, la que hizo que me fuera dejando llevar por la felicidad del día a día a tu lado, por esos momentos en los que nos abrazábamos y éramos uno solo, para nosotros, para cuidar de Lucía, para todo.*

*Me gustaría escribirte las palabras más bonitas del mundo que fueran capaces de expresar mis sentimientos tal cual los siento, pero no sé hacerlo, no sé plasmar aquello que mi corazón sabe y que mi alma siente. Es algo que trasciende una simple explicación que no llega a transmitir todo eso que hay dentro de mí.*

*Te amo como solo se puede amar a una persona, te siento como solo se puede sentir por alguien que tiene tu corazón en sus manos y te admiro por encima de todas las personas, pues tienes todo eso que aporta la paz a mi vida.*

*Jamás en esta vuelta sentí celos de nada ni de nadie, pues sentía que me amabas de verdad. Eso es algo muy bonito, es confiar, sentir, amar por encima de todo y todos, es el mayor*

*pasaporte a la felicidad y tú me lo has sellado.*

*Solo quería agradecerte todo el amor que me has regalado y el darme la oportunidad de ser parte de Lucía, tan importante como tú para que yo me sienta afortunada.*

*Te espero en el altar con toda mi alma, te espero en mi vida para siempre...*

## Capítulo 10



—¡Mamá! —se puso Lucía las manitas en la boca y su cara reflejaba la emoción del momento.

—¿Qué te pasa chiquitina?

—¡Pues que ahora sí que eres mi mami princesa! —comenzó a brincar como una loca.

Yo las escuchaba desde la terraza y moría de amor. Si la cuestión del traje de novia en cualquier boda es el secreto mejor guardado, en la nuestra había pasado a ser algo así como una cuestión de estado.

—¡Papi, ni se te ocurra venir por aquí!

Lucía entraba y salía del salón, donde estaban reunidas mi futura esposa, mi madre, mi hija, mi suegra y mi cuñada. Yo, que siempre decía a Olivia y a Lucía que vivía bajo los dictados de dos mujeres, de repente me encontré ese día con un matriarcado en toda regla.

¿Cómo me sentía? Mejor que nunca en mi vida. Durante aquel último y maravilloso año que había vivido junto a Olivia, nos había dado tiempo a proyectar al detalle la que sería la gran cita de nuestra vida: nuestra boda.

—¡Hija mía! —cuando tu abuela te vea se va a volver loca de emoción—la madre de Olivia rezumaba felicidad y el caso no era para menos, después de todo lo vivido.

Para Olivia, su abuela Clara era un gran referente en su vida. Una señora tierna y encantadora donde las hubiera que había visto en mí a un nieto más y que estaba loca por ver a su nieta vestida de blanco, aunque seguro que no más que yo.

A un día del enlace, estaba plétórico de felicidad. Por suerte, lo teníamos todo atado y más que atado. La modista estaba con Olivia, asegurándose de que no hubiera que retocar ni un centímetro de aquel vestido con el que sin duda estaría impresionante.

Naturalmente, yo tenía vetado el acceso a aquella parte de la casa. Hasta Fina me había advertido de que me daría con el palo de la escoba si se me ocurría asomarme por allí. A ella también la escuché hablar:

—¡Pero Olivia, es imposible estar más bonita!

—Es verdad, Olivia, menos mal que te quitas del mercado, porque si no, no ibas a dejar nada para las demás. ¡Estás espectacular! —la loquilla de Alexandra y sus ideas de adolescente.

—Gracias, me vais a poner colorada entre todas.

—No te tienes que poner colorada ni nada, mamá. Si eres guapa, eres guapa. Eso no se puede remediar. Y yo, pues he heredado tu belleza.

¡Toma castaña! Desde luego, a la niña, imaginación no le faltaba.

Todas rieron y ya habló mi madre, que era la que faltaba.

—Ni a soñar que me hubiera echado hubiera podido imaginar mejor nuera. Vaya suerte que he tenido, Lina—mi madre y Lina, la madre de Olivia, habían hecho bastante amistad en ese tiempo.

—Nosotros también estamos locos con Alexis, Margarita, por no hablar de esta pequeñaja, que

ha irrumpido en nuestra casa y ha arrasado nuestros corazones. De la noche a la mañana, nos ha salido una nieta que nos tiene embobados.

—Si es que es una zalamera de primera—mi madre presumía de nieta.

—¿Qué es zalamera? —Lucía seguía siendo la misma niña curiosa y pizpireta de siempre.

—Zalamera es lo que eres tú, pequeñaja—Olivia la adoraba.

—¡Yo quiero probarme también mi vestido, mamá! A lo mejor he adelgazado también con tanto nervio. Tenemos que saberlo—¿era vieja o no era vieja?

—No, Lucía, no vamos a darle más trabajo a Manuela, que ha venido hasta aquí solo para mi prueba.

—¿Pues para qué iba a venir si no, mi niña? Es mi trabajo y lo hago encantada. ¡Ay, Dios mío! Si parece que fue ayer cuando te estaba probando el vestido de tu Primera Comunión y ahora fíjate...

—¿De su Primera Comunión? —a Lucía todavía parecía costarle creer que nosotros también habíamos sido pequeños un día.

—Sí, Lucía, Manuela siempre ha sido la modista de mi familia y ella me hizo el traje de mi Primera Comunión.

—¿Sí? ¿Y puede hacer también el de la mía?

—¡Claro!

—Vale, pero ahora quiero probarme el de mañana...

—Ven aquí chiquitina—Manuela comenzó a colocárselo.

—¡Qué bonita! —a mi madre se le quebró la voz.

—¡Por Dios! ¿Qué vais a dejar para mañana? —pregunté desde la terraza, lugar al que me habían relegado para que no viera nada, pero desde el que seguía escuchándolo todo.

—¡Calla, papá! Esto es una reunión de mujeres y tú no entiendes nada—menos mal que era mi hija, no la imaginaba de enemiga, me eché a reír.

—¿Y de qué entiendo yo, hija? —era mi sino, sería mi casa pero no mandaba nada de nada.

—Tú de tu trabajo, de tu trabajo. Espera mamá, voy a cerrar la puerta porque papá tiene las antenas puestas. Se hizo el silencio.

¿Sería posible? Lo era. Me habían dejado aislado, para no variar.

Cogí el teléfono y llamé a Daniel. Habría que escuchar a ese personaje, que también estaría ese día bajo las órdenes de Carlota y Martina.

—Hola figura, ¿cómo andamos?

—Ni me hables, que me he estado media noche dando vueltas a la cocina. A tu, recepcionista, que le ha dado fuerte con el tema de los antojos.

—¿Y qué esperabas? Ahora es cuando te vas a enterar de lo que vale un peine. Vas a convertirte en todo un padre responsable.

—Bueno, lo de padre sí, lo de responsable, no sé yo...

—¿Pero se puede saber cuándo te vas a quitar la coraza ya de una vez? Te han cazado amigo, reconócelo.

—Y bien, y bien que lo reconozco. Pero vamos, que a ti te han casado, que es bastante más gordo todavía.

—Ya, y además soy reincidente, circunstancia que seguro que tú consideras que debe tener más condena—me eché a reír.

—Mucha más, dónde va a parar... Y por ahí, ¿qué? ¿Ya huele a boda?

—No lo sabes tú bien, están de últimas pruebas de los vestidos, así que tengo reunidas a todas

las mujeres de mi vida en el salón: mujer, hija, madre, suegra, cuñada y asistenta.

—¿Y no vas a hacer nada? Huye, huye que ahora estás todavía a tiempo o después vendrán las lamentaciones—rio.

—Ni por todo el oro del mundo, chaval. No cambiaría nada de lo que estoy viviendo. Por fin tengo todo lo que quiero.

—Yo también pero jamás reconoceré haber dicho estas palabras—con mi amiguete había que decir aquello de “genio y figura...”

Un rato después volvió la vida a la casa.

—¡Papá! ¡Papá!

—¿Qué? Ahora sí te intereso no—ven aquí. La pillé y empecé a hacerle cosquillas.

—Te vas a caer de espaldas cuando veas mañana a mamá.

—Espero que no, aguantaré el tipo, pero sé que va a estar guapa hasta decir basta.

—Sí, sí, chaval. Yo de ti me pondría gafas de sol porque pienso deslumbrarte—su deje y gesto chulillo hizo reír al resto, que habían salido con ella.

Nuestras madres se despidieron, pues tenían mucho que organizar para el día siguiente, al igual que Fina, que nos dijo antes de irse que en aquella casa no se había respirado jamás tanta alegría.

Antes de marcharse, nos había dejado preparado el almuerzo y enseguida dimos buena cuenta de él, pues los nervios nos tenían hambrientos.

—¿Todo listo, mi vida? —la miré con infinita ternura.

—Todo listo.

—¿Feliz?

—No sabes cuánto.

—Mami, yo creo que ya deberíamos ir metiendo los vestidos en el coche para mañana, porque imagínate si llega la hora y nos los hemos dejado aquí en casa—puso la mano sobre su frente, en señal de desastre.

—¿Te imaginas? —arqueé la ceja.

—Pues me caso igual, en vaqueros y zapatillas—reía ella.

—Sí, hombre... ¡Pues vaya princesas íbamos a ser casándonos así...!

Lucía seguía muy metida en su papel.

Lo de llevar los vestidos tenía su sentido. Olivia y yo habíamos escogido una finca fascinante para celebrar nuestra boda. No queríamos un enlace convencional, a decir verdad, nuestra relación tampoco lo había sido.

Nuestra idea era trasladarnos a primera hora de la mañana a la finca para así poder disfrutar ya de la compañía de nuestros amigos. Podríamos arreglarnos todos juntos y la diversión estaría asegurada. Eso sí, chicas por un lado y chicos por otro.

Nos casaríamos allí mismo y haríamos la celebración. Después, los más jóvenes nos quedaríamos a pasar la noche y al día siguiente volveríamos a hacer fiesta, ya más íntima e informal.

—Papi, mañana cuando mami se esté vistiendo, Martina y yo estaremos de guardia para que no te acerques y la veas...

—¿Estoy bien custodiada o no? —Olivia estaba disfrutando una barbaridad con todo lo relativo a la boda.

—Sí, sí, a ver qué haces sin tus dos escoltas enanas en la luna de miel...

—¡No me lo recuerdes! Lucía volvió a hacerse la mártir, poniéndose la mano en la cabeza.

—¡Pero cariño, ya lo hemos hablado muchas veces! —Olivia la miraba con carita de pena.

—Sí, pero no lo entiendo, ¿por qué no puedo ir yo?

—Lucía porque tú eres lo más importante de nuestra vida y estamos siempre juntos, pero las lunas de miel son viajes de parejas. Es una sola vez y papá y mamá van a ir solos. Eso sí, todos haremos otro viaje pronto—le expliqué.

—Vale, vale, pero pronto, ¿cuándo es?

—No seas impaciente, anda.

—Bueno, papá, pero todavía no le has dicho a mamá dónde la vas a llevar.

—Ni se lo pienso decir.

—¡Ay, Dios! Muero de nervios ¿Dónde iremos?

—Pero yo en qué idioma hablo—reí—Es una sorpresa y es una sorpresa.

Desde que le pedí matrimonio a Olivia estuve barajando distintas posibilidades para nuestra luna de miel y al final creía haberme quedado con la mejor. Solo esperaba que estuviera a la altura de sus expectativas.

Pasamos la tarde en el jardín, contentos y relajados. El buen tiempo invitaba a disfrutar del sol y el agua.

—¡Ven, Alexis! Vamos a darnos el último chapuzón de solteros—Olivia ya se había metido con Lucía en la piscina.

—¡Eso, papi! Te reto a una carrera nadando.

—¡Hija mía! Ni que esto fuera una piscina olímpica...

La tarde empezó a caer y pusimos una cena ligera. La tomamos entre risas y bromas, soñando despiertos sobre cómo sería el gran día.

—Lucía, ¿estás nerviosa? —parecía que tenía el baile de San Vito.

—Sí, llevo toda la tarde haciendo pipi, es que mañana me caso—se llevó las manos a la boca.

Nos miramos y comenzamos a reír.

—¿Cómo que mañana te casas?

—¡Ala, ya no sé ni lo que digo! —su risita nerviosa la delataba.

A decir verdad, era la que estaba más nerviosa con la boda. A Olivia y a mí nos había costado tanto poder llegar a ese punto que la estábamos viviendo con máxima ilusión, pero de una manera pausada y tranquila. Otra cosa sería cuando llegara el momento justo.

—Cariño, te tienes que acostar ya—la acompañamos a la cama, le leímos un cuento y la dejamos dormidita. Tantas emociones la tenían rendida.

Nosotros volvimos al jardín y nos tumbamos juntos en una hamaca. La noche estrellada invitaba a contemplar el cielo, perdiéndonos en su inmensidad.

—¿Ves esa estrella que brilla tanto? —la señalé.

—Sí.

—Pues ni la mitad de lo que tú alumbras mi corazón, Olivia. Eres el faro de mi vida, no sé lo que haría sin ti—saqué la más tierna de sus sonrisas.

—Pues, ¿qué ibas a hacer? Dirigir una oficina de locos.

—Eso sí, no me quedaría más remedio...

—Es nuestra última noche de solteros, no puedo creerlo, cariño—se ahuecaba en mi pecho.

—Es un sueño mi niña, un sueño que en unas horas haremos realidad.

# Capítulo 11



La miraba, Olivia dormía y yo ya llevaba una media hora recreándome en esa preciosa cara y en ese cuerpo escultural que se dibujaba bajo las sábanas.

—Olivia, cielo, ha llegado el día.

Se sentó en la cama de un salto.

—¡¡¡Hoy nos casamos!!! Antes de que me quisiera dar cuenta ya estaba por la habitación dando vueltas.

—¡Lucía, Lucía, ya ha amanecido!

—Voy, mamá, coge los vestidos y échalos en el coche—la cogió de la mano y se la llevaba volando.

—¡Orden, orden! Por el amor de Dios, ¿os habéis vuelto locas? —yo no podía parar de reír mientras contemplaba la escena.

—Parecemos dos pollos sin cabeza, ¿no? —Olivia me miró y a mí me dio la risa.

—Totalmente.

—Siéntate, porque te tengo que dar una noticia.

—¿Y me tengo que sentar y todo?

—¿Voy a tener un hermanito? —Lucía nos miraba con cara de intriga.

—¡Tranquilidad en las masas! No es eso, es solo que creo que me están entrando muchos nervios.

Olivia hizo su particular confesión y a Lucía y a mí nos dio la risa floja.

Preparé el desayuno mientras ella se duchaba.

—Papá, quiero mi Cola Cao.

—Aquí tienes, pequeñaja.

—Al final lo hemos conseguido, ¿eh? —me guiñó el ojo.

—¡Pues sí, peque! —le di un beso en la mejilla.

—Mira, mira, ¿cuántas mamis vienen por ahí? —le pregunté a Lucía.

—¿Qué dices? —Venía tan nerviosa que parecían dos o tres Olivias.

—¿Café, cariño?

—Nada de café. Una tila doble—por favor.

—Espera mami, que mientras papi te prepara la tila, yo te hago un masaje de esos relajantes en la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo—se acomodó en la silla y echó la cabeza hacia atrás.

—Piensa en algo que te guste y relájate—Lucía era una novelera de primera. Allí estaba masajea que masajea.

—Tu tila doble, preciosa.

—¿Ya te la has tomado, mamá? —Lucía y yo nos mirados incrédulos, ¡había vaciado el vaso

en menos de un segundo!

—Andando, que hay mucho que hacer. Venga, venga, ¿a qué esperáis?

—¡Cielossss! ¿Todo esto hay que meter en el coche? Si lo sé alquilo una furgoneta. No daba crédito.

—No, papá. No es eso lo que hay que llevar—Lucía señalaba la misma montaña de cosas que yo había visto—Es eso más todo aquello—señaló otra montaña igual que había al otro lado del salón.

Empezamos a dar viajes al coche y lo colocamos todo cuidadosamente. Lo último mi traje y los vestidos de mis chicas, todos ellos cuidadosamente metidos en sus sacos.

—¿En marcha? —miré a Olivia, quien estaba haciendo recuento de paquetes—¡Cielo santo! ¿Aquello era para una boda o para una docena?

Mamá, vamos a cantar para relajarnos un poco.

—¿Qué ponemos, Lucía? —se notaba que Olivia se salía del pellejo.

—“De Plata” de Rosalía, mami, que esa sí que tiene ritmo.

Y allá íbamos todos cantando con la pequeña dirigiendo el cotarro, hasta que divisamos la finca.

—¡Mira, mamá pone “ceremonia”!

—Sí, chiquitina. Tenemos carteles personalizados por todos lados, te van a encantar.

Unos simpáticos postes de madera ya señalaban en distintas direcciones “ceremonia”, “cóctel”, “fiesta”, “photocall...” Así sería más fácil identificar las distintas zonas que habíamos habilitado.

Llegamos los primeros y en la entrada de la finca ya estaban trabajando los miembros del equipo que habíamos contratado para que todo saliera a pedir de boca. Lo que íbamos viendo, conforme llegábamos a la casa que parecía una mansión, nos iba dejando con el mejor sabor de boca.

Ellos mismos nos ayudaron a colocar todo. Se trataba de una amplísima edificación de dos plantas. En la de arriba había dos alas diferenciadas, de tal forma que nos dividimos el espacio.

No llevábamos ni diez minutos allí cuando empezamos a escuchar el sonido de un claxon que venía imprimiendo las señas de identidad de quien lo tocaba.

Lucía se asomó a la ventana.

—¡Mami, mami, ha llegado Martina!

Salió como un rayo a buscarla.

Bajé tras ella al jardín.

—No sé cómo nos hemos dado cuenta de que habéis llegado, con lo discreto y silencioso que has sido—le di un abrazo a Daniel.

—¡Está nerviosito desde esta mañana! No te imaginas la noche que me ha dado—Carlota se bajaba del coche informándome.

—¿Nervioso tú?

—Hombre claro, esto es lo más cerca del altar que he estado nunca. Tú te casas, amigo, y eso es como si nos casáramos los dos—se echó sobre mi hombro en plan teatral.

Había que tener ganas de buscarle la lengua a Carlota, pero él era así.

—Bueno, bueno, tú no cantes victoria tan pronto que ya veremos cualquier día—Carlota lo miraba con los brazos en jarra.

—Si lo sé no vengo—cogió las de Villadiego camino de la entrada.

—¿Dónde está mi amiga? Necesito perder de vista a los hombres—y se quedaba tan pancha.

—Gracias por la parte que me toca—reí.

—Tú ya me entiendes. Estoy un poco alterada, las hormonas y eso, cosas del embarazo—abrió el bolso y sacó una chocolatina que se zampó allí mismo.

—¿Y eso? Nunca la había visto tan ansiosa con el chocolate.

—Una chocolatina, ¿qué va a ser? Mano de santo... Y tú espabila, ve para dentro con el cantamañanas de tu amigo, que te tienes que arreglar...

—Si este no tiene arreglo—Daniel seguía dale que te pego desde dentro.

—No te voy a contestar porque no tengo el chichi para farolillos—¡vaya tela con la respuesta!

Lo cierto es que Carlota estaba de lo más cómica, pues le había quedado hasta un cerco de chocolate en la comisura de los labios y con él entró en la casa.

Al hacerlo, se dio de cara con Daniel.

—¿Y esa boquita tan dulce? Ven, que te la como entera...

—¡Te quitas o te quito! —le hizo un gesto de que se apartara y nos apartamos los dos, ¡menuda venía la fiera!

—¡Olivia, ya estoy aquí! Ya les vamos a quitar a estos todas las tonterías, ¿a quién me tengo que cargar?

—De momento a nadie—Olivia se moría de la risa—siéntate anda.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, un poco alterada, pero bien, tú sabes—su sonrisita lo decía todo.

—¿Un poco alterada? Si pareces un flan...

Daniel y yo las escuchábamos hablar, pese a que nos separaba un pasillo.

—Prometemos que ya de aquí no nos movemos hasta que nos aviséis—les indiqué.

—Ni que yo me entere, que voy para allá y muerdo yugulares—cualquiera desafiaba a Carlota. Escuchamos que llegaron la maquilladora y la esteticista y las niñas se revolucionaron.

—¿Nos vas a maquillar a nosotras también?

—Eso lo decidirán vuestras mamis.

—Mira, mira, yo no estoy para gaitas con estas dos, Olivia, que les pongan un poco de brillo en los labios para callarlas, ¿no te parece?

Y Olivia debió indicar que sí, porque escuchar su respuesta, no la escuchamos, pero las dos peques empezaron a correr y chillar por toda la casa diciendo que iban a ir a la boda maquilladas.

En cuestión de un rato llegaron todos nuestros amigos y los hermanos de Olivia. Desde que nos conocimos, David y yo nos caímos fenomenal y él sería uno de mis testigos, junto con Daniel, Fernando y hasta Gonzalo, que ya era uno más del grupo.

Las damas de honor de Olivia, como no podía ser de otra manera, eran Carlota, Davinia y Elba, más su hermana Alexandra y su amiga Raquel.

Y ni que decir tiene que las niñas Lucía y Martina, nos llevarían los anillos.

No sabría decir cuál de las dos alas de la casa estaba más animada.

—No la pongáis más guapa que nos va a dejar a todas a la altura del betún—decía Carlota a la maquilladora.

—¿Qué dices? Si estáis todas bellísimas...

—Bueno, bueno, unas más que otras, que yo me veo muy mala cara...—Carlota no las tenía todas consigo.

—¡De eso nada! Yo cuando esté embarazada quiero tener una barriguita tan bonita como esta—Alexandra se acercó amorosamente a ella y le acarició la barriga.

—Gracias, cariño, pero tú antes vive, ¿eh? Que hay tiempo para todo...

—Claro que sí, bonita—Elba le daba la razón a Carlota.

—Sí, sí, si yo ya con esta sobrina tan linda que me ha caído del cielo tengo bastante—cogió a Lucía y ella se reía.

—¿Tía Alexandra cuándo me vas a llevar a patinar?

—Cuando tú quieras, sobri.

Yo no podía estar más encantado. La familia de Olivia al completo había acogido a Lucía como si fuera de su sangre.

—Pero a lo mejor Lucía tiene un hermanito y ya tienes dos sobris—Martina se dirigió a Alexandra.

—Eso, eso, yo quiero un hermanito—no estaba viendo el gesto de Lucía, pero me la imaginaba frunciendo el ceño.

—¡Lucía hija, no des la brasa otra vez con eso! —le indiqué.

—Y tú no seas más metomentodo que la niña no está diciendo nada del otro mundo. Como me toquéis mucho las narices, cierro la puerta y ya no os enteráis de nada—¡otra que mejor bailaba! Poca duda había de que estábamos en manos de las mujeres y Carlota venía guerrera.

—Lucía, ven acércate y pon la cabecita aquí, a ver si escuchas a mi hermanito—Martina estaba encantada con la idea de convertirse en hermana mayor.

—¡Alaaaa! —Lucía estaba encantada.

Aquí hace falta un poco de marcha, ¿no hay una botellita por ahí de algo, jefe? —me gritaba Davinia como si estuviésemos a dos kilómetros— Que rule, que rule...—Ella y sus ideas.

—¿Davinia ya estás pensando en empinar el codo? —Fernando le hablaba mientras nos vestíamos.

—¡Ya habló el diplomático? Estamos en una boda, ¿en qué quieres que piense? Hoy vamos a pillar la más grande...

—No seré yo, que hasta para eso ha tenido poco sentido Danielito, ¡mira que ir a dar en la diana justo antes de la gran boda!

Carlota estaba de tres meses y hacía pocas semanas que tenían conocimiento del embarazo.

—¡Claro, todo es culpa de Daniel! Te vi yo oponer una resistencia que no veas—rió él.

—Ahí tiene razón mi compi, no fastidies Carlota, tú estabas deseando...

—Si no digo yo que no, pero que, si no llega a ser por esto, yo salgo de aquí hoy a cuatro patas, vamos que me hubiera bebido hasta el agua de los floreros...

—No te preocupes Carlota, cuando tengas el niño, hacemos una post-boda las chicas, solo para que cojas una borrachera como un piano—allá iba también Raquel, la amiga de Olivia y otro personaje imprescindible en nuestra vida.

Raquel había conocido a las chicas en el hospital y también había compartido con ellas la despedida de soltera de Olivia. De resultas de aquella, tenía mucha complicidad con ellas.

Poco a poco iban llegando nuestros invitados, que se iban agrupando en el jardín. Mis padres y los de Olivia llegaron juntos y subieron a vernos.

—Mira el bonito regalo que te traigo, Olivia—la voz de su madre sonaba rasgada.

—¡Abuelita! —Olivia debió saltar sobre su querida abuela, pues se escuchaba que se la estaba comiendo a besos.

—¡Ay, mi niña! Cuánto he soñado con este día Olivia, yo quería verte vestida de blanco.

—Pues lo vas a ver en unos minutitos, abuelita. Ya estamos terminando.

—Muy bien, mi niña. Pues yo me quedo aquí sentada entre estas chicas tan guapas, a ver si se me pega algo.

—A ti no se te tiene que pegar nada, abuela, tú eres la más guapa de todas.

—¡Ay, hija mía! No me hagas reír, vas a tener que ir a que te gradúen la vista.

—Pero señora, si está usted estupenda, ¿cuántos años tiene? Si no es mucho preguntar —se interesó Elba.

—No hay problema, hija. Yo voy a hacer setenta y cinco años.

—¡Pues ya firmaba yo por estar así de bien a su edad! —la voz de Carlota sonó contundente.

—Es que yo tuve un marido estupendo, que me dio muy buena vida y eso se nota en el cutis—la abuela estaba en su salsa, contando. Era otro personaje.

—¡Acabáramos! —añadió Carlota—Eso lo explica todo, casi igual que los hombres de ahora, que no ganamos para berrinches, ¡vamos a durar todas dos telediarios!

El tiempo fue pasando y, conforme miraba el reloj, iba comprobando que la hora estaba al caer.

—¡¡¡¡Olivia, estás guapísima!!!! —las chicas debieron quedar boquiabiertas, al juzgar por su comentario, cuando la vieron vestida de novia y a mí en ese momento el pellizco del estómago típico me hizo una visita.

—Alexandra, cariño, ¿me acercas los zapatos? —Olivia estaba ultimando los detalles y yo ya me dirigía hacia la planta baja para esperarla.

—Olivia, siéntate o te vas a caer de espaldas—escuché.

—¡¡No puede ser!! ¿Eso qué es? —la voz de Olivia era de no dar crédito.

—Yo si fuera tú se lo preguntaba a la enana esa—Carlota debía estar refiriéndose a Lucía.

—Mami, yo los puse ahí para que hubiera unos en la caja, pero luego pensaba devolver los de novia, me los probé para ver cómo andaba con zapatos de tacón de princesa.

—Pero Lucía, hija—a Olivia le entró una risita histérica—Y ahora con qué me caso yo, ¿con las Converse?

—Lucía, ven aquí ahora mismo. Yo no quería creer lo que mis oídos estaban escuchando.

—Papá, yo no quería meter la pata...

—Cuéntame que ha pasado, señorita.

—Es que yo ayer, después de que mami se probara el vestido, cogí sus zapatos de novia para probármelos un poquito en mi dormitorio. Y para que nadie se diera cuenta, por si cogían la caja, metí sus Converse dentro, pero pensaba devolverlos luego, lo prometo...

—Pero no te acordaste...

—Creo que no...

—¿Y los zapatos están?

—Debajo de mi cama...

Daniel me miró como diciendo “eso nos pasa por tener niños” y yo estaba alucinando.

—Jefe, a grandes males, grandes remedios, te llevo ahora mismo por los zapatos a tu casa...

—Olivia, no te preocupes cariño, que en nada estamos aquí con ellos...—alcé la voz para que me escuchara.

—¿Alexis? ¿Nos va a pasar algo más o nos podremos casar algún día? —su el nerviosismo de su risilla crecía por momentos.

—Hoy nos casamos, así se caiga el mundo...

—Calla jefe, que me estás empezando a parecer gafe—Daniel me daba ánimos.

—Tira para abajo, anda.

—Bueno, pues digo yo que mientras, se podría beber algo en esta casa, ¿no? —con la abuela Clara no nos íbamos a aburrir aquel día—¡Yo quiero una copita de orujo!

—¡Marchando! Voy a buscar algo de alpiste por ahí—me crucé con Davinia en las escaleras.

—¡Eso! ¡Eso! Vosotras no os privéis—fue lo último que le escuché decir a Carlota antes de que saliéramos hacia el coche.

Media hora después estábamos de vuelta con los zapatos.

—Lucía, no quiero ni un susto más hoy. Te lo advierto.

—Martina, nos tenemos que portar bien, que la hemos liado—su gesto era de tristeza.

—La has liado tú, yo todavía puedo liarla un poco—reía la otra enana.

—Ejem, ejem—carraspeó Daniel—Señoritas, aquí no la lía hoy nadie más o van a llover los castigos.

Era la primera vez en mi vida que lo veía imponerse con las niñas, que se quedaron perplejas y no dijeron ni mu.

Salimos andando en dirección al jardín.

—Me has sorprendido, amigo.

—Hombre claro. ¡No te fastidia, las mocosas! Aquí, si la tiene que liar alguien, soy yo.

—Ya me extrañaba a mí, muy formal me habías parecido...—me llevé las manos a la cabeza.

Llegué al apartado del jardín donde se iba a officiar la ceremonia. La decoración era formidable, exquisita, elegante. Todo estaba tal y como lo habíamos soñado Olivia y yo.

—¡Ahí está la novia! —escuché decir tras de mí.

Fue entonces cuando me giré.

## Capítulo 12



Una preciosísima Olivia avanzaba hacia mí con un vestido de novia de corte princesa y escote corazón. Sus aplicaciones de encaje y detalles de pedrería le daban un toque tan sofisticado como brillante.

Sentí que mi cuerpo entero temblaba. La de Olivia vestida de novia se me antojaba como una visión celestial. Mi amor estaba sencillamente increíble.

Venía precedida de Lucía y Martina, que también parecían dos princesitas en miniatura. Lo más divertido era cuando ambas abrían la boca, sonrientes, y exhibían sus muelas.

Olivia venía del brazo de Ángel, su orgullosísimo padre y yo podía notar cómo, a mi lado, mi madre luchaba por reprimir la primera de las muchas lágrimas que correrían durante la ceremonia.

Cuando llegó a mi altura, tuve que batirme en duelo con el nudo que tenía en la garganta para decirle lo increíblemente bella que estaba. Temblorosa, tomó mi mano y las mantuvimos unidas durante toda la ceremonia.

Emotiva y divertida. Así podríamos definirla. Nos casó Pablo, un tío de Olivia que era concejal y que entonó, en broma, incluso el típico *“si hay algún presente que conozca algún motivo por el que este hombre y esta mujer no deban unirse en matrimonio, que hable ahora o...”*

Tras nosotros se escuchó el carraspeo de Daniel, al que siguió un simpático codazo de Carlota que provocó la risa de todos los presentes.

—Si alguien más va a decir algo, salimos corriendo y le ponemos la mano en la boca—Lucía miró a Martina y el resto no lo escuchó, pero el oficiante, los padrinos, Olivia y yo, lanzamos una carcajada que contagió a nuestros invitados.

Después de darnos el más sincero y alegre de los *“sí, quiero”* y fundirnos en un intenso beso, cogí a la que ya era mi mujer en volandas y ella extendió sus brazos, con el ramo de novia apuntando al cielo, quedando una foto de lo más simpática.

A continuación, Olivia y yo recibimos mil felicitaciones, tras las cuales, nos perdimos por los jardines de la finca para hacernos un fresco reportaje de bodas en el que no faltaron las bengalas de humo de colores, que crearon un efecto especial.

Antes de que finalizara la sesión, Lucía se unió a nosotros y nos tomaron algunas instantáneas dignas de enmarcar, presididas por las risas y las bromas.

La maquinaria de la diversión estaba en marcha y lo que deseábamos era que todos nuestros invitados lo pasaran sensacional.

El banquete fue realmente espectacular. Un festival de platos en los que *la crème de la crème* de la gastronomía tinerfeña se dio cita.

Nuestros invitados estaban entusiasmados y nosotros nos mirábamos con la sensación de haber logrado que todos estuviéramos a gusto.

En ese escenario ideal, la tarta de boda tuvo también su momento de gloria. Y es que la nuestra, no dejó indiferente a nadie.

—Papi, papi, la tarta está goteando, se les ha olvidado terminarla—Lucía no se había fijado antes pero cuando lo hizo, salió corriendo y quiso detener lo que su cabecita pensaba que era un desastre—Martina corre, ayúdame.

Y eso hizo que sacáramos unas idílicas fotos en las que ambas pequeñas se afanaban en contener el “goteo” de nuestra original tarta nupcial “*Drip Cake*”, que se alejaba del pastel tradicional, dejando caer fondant sobre la parte superior, dándole un efecto de lo más vistoso.

Olivia había visto una de estas tartas en Internet y se había prendado de ella, de modo que no tardé en convencer a mi amigo Fabián, el pastelero, de que nos hiciera una que le quedó realmente espectacular.

Cortada la tarta, ¡¡nuestro cuerpo pedía salsa!! Y allá fuimos Olivia y yo a hacer gala de nuestras dotes artísticas, deleitando a nuestros invitados con nuestra particular coreografía de “Creo en el amor” de Rey Ruiz.

—¿Qué hago con tu cara? —le decía mientras bailábamos y el contoneo de sus caderas me recordaba por qué no solo la adoraba sino la deseaba hasta la saciedad.

—¡Yo sí que te como esa cara! —la forma de morderse su labio inferior disparaba mi taquicardia.

Nuestros amigos empezaron a jalearnos y a vitorearnos y, tan pronto como acabó aquella primera pieza, la mayoría de los presentes se unieron al baile.

—¡Déjame a mí ahora con este mozalbeta! —si no lo veo no lo creo, quien le pedía el relevo a Olivia era la abuela Clara.

Y había que ver cómo se movía la buena señora. Tanto es así que nuestros invitados volvieron a rodearnos a ella y a mí y se deshicieron en aplausos cuando acabamos de bailar la pieza en cuestión.

—Pero bueno, no me habías dicho que tu abuela era una artista del baile—yo estaba flipando.

—¡Hombre claro, ya te había avisado de que era una crack! —me sonreía y besaba—¿Quién crees que me enseñó a mí?

—¡Eh, tú! Sin acaparar, que esta belleza va ahora a bailar conmigo—David se llevaba a su hermana y los dos se empezaron a marcar también el más salado de los bailes.

—Pues entonces yo bailo con el novio—allá venía Alexandra, que ya apuntaba también maneras con el baile.

—Vale, hija, pero después bailo yo con mi yerno.

—Y yo con mi hijo.

¡Cielo santo! Tenía cola por delante, mi ya flamante mujer me miraba, en brazos de David y moría de risa. Eso sí, su miraba me recordaba por qué era la persona a la que amaba. Nadie podía sustituir a Olivia.

Luego llegó el turno de los amigos y todos bailamos con todos.

—Estás que te sales—Nuria y yo nos movíamos al son de una canción bajo la atenta mirada de su madre.

—¡Cuidado que nos está mirando la Gestapo! —reí.

—Sí, sí, y esta es capaz de querer hacer que te divorcies para casarnos todavía.

—Muerdo con las miradas que se lanzan Daniela y ella.

—Sí, sí, esto es una historia, un mundo aparte de rivalidades—ella se partía.

—Pero ¿vosotras bien?

—Muy bien, ya aquel mal rollo quedó en el pasado. A veces tienen que pasar las cosas para que nos demos cuenta de lo que realmente nos importa.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —arqueé la ceja y nos echamos a reír simultáneamente.

—*Photocall, Photocall*— entre baile y baile todos llevábamos ya unas, por no decir varias copas de más, a excepción de Carlota—¡Me cago en todo lo que se menea! —soltaba y miraba a Daniel y al cubata que sostenía.

—Es fresco, amor—le lanzaba una sonrisita.

—Tú sí que eres re-fresco, caradura.

—Por eso me quieres...

—¿Y tú me quieres? —le salió la vena melosa a ella por una vez en el día, ya que el embarazo la tenía fuera de sí.

—Yo mucho, como la trucha al trucho.

Nos fuimos al *Photocall* y allí lo pasamos bomba. Sacamos muchas de las mejores instantáneas de la boda, todos con complementos y poniendo caritas. Y, aunque Daniel y Davinia parecían los más alocados, Olivia también se mostró cien por cien desinhibida y nos dejó asombrados a todos con sus gracias.

La tarde iba pasando y nuestros invitados disfrutaban del baile, la bebida y los coquetos rincones temáticos que habíamos dispuesto por los jardines y en los que se servían vinos, quesos, cócteles, pizzas, limonadas, hamburguesas, sándwiches y helados.

Y eso por no hablar del aclamado *candy bar* que hizo las delicias de las niñas y del resto de invitados y en los que se sirvieron chuches de colores, *cupcakes*, pompones y un amplio surtido más que componía una mesa de dulces de cuento.

En un momento dado, Lucía nos dio la gran sorpresa. Pidió un micrófono al grupo de música en directo que estaba tocando y tomó la palabra. Sacó un papel y, antes de que empezara a hablar, ya estábamos todos llorando.

*“Papi, mami, he subido para deciros que os quiero mucho y que lo que más deseaba era que os casarais. Ahora ya soy la niña más feliz del mundo, pero quería que lo supierais. Mi papi y yo fuimos a buscar a mami a Londres, pero si se fuera a Marte, también iríamos a por ella, porque formamos un gran equipo y el abuelo Carlos siempre dice que la unión hace la fuerza. Eso sí, si queréis hacerme un poquito más feliz, podéis darme un hermanito”.*

Las lágrimas corrían por las mejillas de Olivia y por las mías como si fueran un río y la emoción se hizo dueña de la situación.

Lucía bajó del escenario y le dimos mil besos y abrazos.

—Estaba un poco nerviosa, pero Martina me animó mucho, me dijo que me iba a salir muy bien y que, si lo pedía con fuerza, a lo mejor el hermanito llegaba, porque ella lo había hecho y ahora ya viene su hermanito en camino.

—¿Nos la comemos cruda o con patatas?

—Con patatas, con patatas—respondí.

La noche comenzaba a asomar cuando la mayoría de nuestros invitados se despidieron. En la finca, provista de múltiples dormitorios, nos quedaríamos los jóvenes más allegados, es decir, todos los de la oficina, los hermanos de Olivia, su amiga Raquel y también Nuria y Daniela. ¡Y las niñas, esas no podían faltar!

Para cuando nos quedamos solos dio inicio un espectáculo de luces y velas que iluminaron

nuestra boda de noche. Un ambiente romántico e impactante en el que, en aquella incomparable finca, dispusieron unas mesas en las que disfrutamos de un rato mucho más íntimo.

Quien más y quien menos, llevaba ya copas para parar un tren, por lo que los disparates se sucedían, siempre dentro de la moderación porque estaban las peques delante.

—¡Lucía, mira! —Martina le indicaba que, cerca de donde estábamos, nos acababan de colocar un maravilloso rincón en el que, con pequeñas velas, se dibujaba un corazón.

—Yo de mayor quiero tener una boda como esta—Martina se llevó la mano al pecho en plan farandulera.

—Pues para eso tienes que buscarte a un hombre romántico, como mi papi—Lucía parecía tenerlo muy claro.

—Mamá, ¿Daniel es romántico?

—¡Ay, Dios mío! Ahora es cuando me cae la del pulpo—reía.

—No mucho, pero tiene su aquel—por una vez, Carlota le dio cuartelillo y se besaron, provocando los aplausos del resto.

Después de cenar, todavía tuvimos ganas de seguir bailando unas horas, entre copas, risas y buen rollo con los amigos.

—¿No te duelen los pies? —la cola del vestido de Olivia se había desmontado para el baile, dando lugar a un modelo más cómodo, pero mucho me temía que aquellos andamios que llevaba...

—Llevo ya hora con mis zapatillas de esparto para novia—está todo pensado.

Al levantarse el vestido para enseñármelas, tuve claro que el momento celebración con los amigos había finalizado para dar paso al momento celebración con mi mujer.

—¡Sorteamos una niña! —dije, para risa de todos.

—Nosotros nos la quedamos—Carlota nos echó el capote.

—¡Pues señores, mañana más y mejor!

Subimos todos a nuestros dormitorios y, como mandan los cánones, cogí a Olivia en brazos para cruzar el umbral de la puerta.

—¡Alexis...! —la última emoción del día se la proporcionó la delicada y romántica decoración que yo había encargado para la que sería la habitación de nuestra noche de bodas: agradable música, su incienso favorito, pétalos de flores, velas y champagne y fresas.

Me miró y me penetró con la mirada. En justa correspondencia, yo terminaría penetrándola a ella, pero eso sería más tarde.

La miré y supo que el momento de desprenderse de su precioso vestido había llegado. Se giró y me ofreció su espalda. Hundí mi cara en su cuello y me impregné de un aroma que disparaba mi virilidad.

Lentamente, fui quitando uno a uno todos sus botones. Si en otras ocasiones un simple gesto suyo me provocaba hasta el punto de dar un giro radical a mis intenciones y hacer salir súbitamente al animal que tenía dentro, ese no era el caso.

Había llegado nuestra noche y quería disfrutarla como era debido. Terminé con los botones y el vestido cayó al suelo. Levantó una de sus piernas y aproveché para, agachado, lamer su entrepierna. Repitió la jugada con la otra pierna y volví a hacer lo propio.

Bastó con mirarla para que entendiera que deseaba que se quedara quieta, así tal como estaba, de pie y con aquel tanga blanco que aparté sutilmente con mis dedos mientras que la humedad de la punta de mi lengua se fundía con la de su cavidad.

¿A qué sabía? Al mejor de todos los sabores posibles: al de Olivia y no tenía la más mínima

intención de apartarme hasta que el juego de mi lengua y el que empecé en esos instantes con mis dedos sobre su clítoris me ofrecieran el primer néctar de la noche, que no tardó en llegar en forma de sinfonía de sensuales gemidos que hacían que la dureza de mi miembro alcanzara proporciones descomunales.

Exhausta por el frenesí de un intenso orgasmo cuidadosamente provocado, la tumbé en la cama y me desprendí de mi ropa.

—A ver esa boca—al mirarla, con aquellos labios abiertos, deseosos de saborear las fresas, comprobé que aquella cavidad era un pozo de los deseos en el que introduje no solo el rojo manjar sino uno, dos y hasta tres de mis dedos, que Olivia chupó con ahínco, sabedora de cuál era su destino.

—Ábrete para mí—le susurré al oído, mientras arrastrada por la pasión, podía notar el temblor de la cara interna de sus muslos esperando su codiciado regalo. Con dos de mis dedos abrí aquella cavidad en la que me hubiera perdido para siempre, mientras los tres dedos mojados de la otra mano se dejaban arrastrar por la humedad, buscando un freno que no tardó en llegar.

Entre aquellas paredes en las que mis dedos describían círculos, yo me hubiera perdido para siempre. Los gemidos de Olivia me indicaban que su deseo era que siguiera recreándome en ellas mientras volví a saborear su clítoris con ligeros toques de lengua.

—¡Dale, no pares, Alexis, por lo que más quieras!

¿Parar? No era mi intención, la noche se presentaba extremadamente larga como para pensar en hacerlo. Y hablando de extremos, la mencionada largura era proporcional a la dureza de mi miembro, que clamaba por asumir un papel activo en aquel festín sexual.

Como si hubiera escuchado su señal de socorro, Olivia echó mano del mismo y comenzó a masajearlo de arriba abajo, embriagándose de una dureza que sabía le favorecería. Y a no tardar mucho.

Creo que me regaló pronto su segundo orgasmo para propiciar que mi miembro entrara en acción.

Me tumbé sobre ella agarrando una de sus manos, con su brazo extendido y colocando la otra sobre su cadera, esa en cuya cadencia podría perderme durante siglos.

Con una de mis piernas, separé las suyas y el roce de mi miembro sobre su exaltado clítoris volvió a dar lugar a una concatenación de gemidos, entre los que identificaba una súplica en aras de que sofocara su calor.

¿Prisa? No sabía lo que era eso. A kilómetros hubiera notado su deseo, pero quería también escucharlo.

—Alexis, por favor...

—¿Por favor? No entiendo. Creo estar haciéndote uno y bien gordo—sonreí pensando que estaba mal que yo lo dijera, pero el diámetro alcanzado por mi miembro era la mejor prueba de mis palabras.

—Por favor...

—No alcanzo a entender, deberías ser más explícita.

—Hazme tuya. Necesito sentirte dentro.

La miré y detecté fuego en sus ojos. Poca duda cabía, tendría que apagarlo. Y mi manguera era la ideal para ello. Levanté ligeramente su cadera, eso la exponía más frente a mí. Mirada con mirada.

—¿Con lentitud? No, se habían acabado las contemplaciones. Olivia quería guerra y eso era justo lo que iba a tener.

Sus ojos decían un “preparada” que corroboraba aquella mordida de labio inferior que tanto me excitaba. Ya lo había vuelto a hacer. Acababa de despertar a la bestia.

Hundí mi miembro en ella y sus gemidos se transformaron en un grito que sofoqué con mis labios. La fiesta era privada. No deseaba hacer partícipe al resto. La escena era digna de presenciar, pero no era nuestro estilo, reí internamente mientras lo pensaba.

—Disfruta, amor, disfruta...

—Ya lo hago—su piel erizada de pies a cabeza confirmaba lo que sus labios decían. Eso sí, cuanto más se abrían esos labios, más deseaba yo besarlos y estaba hablando de los de su cara... Los otros, los otros, se encendían con mis embestidas.

Olivia era un bombón y yo estaba dispuesto a derretirlo. Saborearlo era un privilegio, pero sentirlo era el sumun. La sincronización de mi cadera con la suya era total, mis embestidas no daban lugar a contemplación alguna, ¡hasta ahí podría llegar la broma! Ella lo había querido, para regocijo de ambos...

Ante la fuerza con la que la estaba poseyendo, Olivia podía parecer frágil, pero nada más lejos de la realidad. De hecho, sus ojos seguían suplicando lo que su cuerpo deseaba recibir.

Frenesí. Eso fue lo que sentí antes de la embestida final en la que no pude evitar su placentero grito que precedió a un orgasmo que a su vez supuso el pistoletazo de salida para el mío, que ya estaba en camino.

Vaciarme en Olivia era el mayor de los placeres. Me tumbé a su lado y permanecí un rato en silencio, mirándola. ¿Era un peligro? Sin duda, aquello significaba que volvieron a invadirme las ganas de devorarla, pero eso era justo lo que deseaba.

La noche, no había hecho más que comenzar....

## Capítulo 13



—¡Papá, Olivia! ¡Arriba, arriba, arriba! Hoy es día de boda otra vez—Lucía tocaba nuestra puerta.

—Ya vamos, cariño—le dijimos al unísono.

—¿Me abris la puerta un poquito? —ya estaba la zalamera.

—Entra—le abrí la puerta y salió volando en dirección a nuestra cama.

—¡Mamá! —se echó en los brazos de Olivia.

—¿Y yo? ¿Soy invisible? —comencé a hacerle cosquillas.

—¿Vas a vestirte ahora? —Olivia la abrazaba.

—Sí, Carlota nos ha dicho que nos va a poner unas trenzas a Martina y a mí. Ahora voy a la sesión de peluquería. Si quieres que te peine, te puedes venir también.

—Muchas gracias, mi vida, pero no me hace falta. Yo llevaré el pelo suelto.

Olivia sabía que su melena al aire me volvía loco y era habitual que la llevara así. Incluso la lució de ese modo el día anterior.

—Vale, pues luego vuelvo.

—Ok, pero hoy no os pongáis el vestido de princesa...

—No, mami, hoy el ibicenco, ya lo sé.

Salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—Una vez recibida la visita de nuestra hija, solo me queda preguntarle a mi esposa cómo ha dormido.

—Bien, pero poco—rio.

—¿Alguien te ha molestado? —carraspeé.

—No, ha sido mi recién estrenado esposo, que me ha follado, ¡y cómo!

—¿Repetimos? Como las *Danet*...

—Tendrá que ser esta noche o el resto nos mata.

—Ahí, tienes razón ya voy escuchando a todos esos petardos, parece que comienza el día.

—Otro día memorable...

—Así es, esposa...

—¡Qué bien suena!

—Pues mejor te va a sentar....

Me arreglé con mi indumentaria ibicenca y salí en busca de los chicos, la mayoría de los cuales ya estaban en el jardín, con las suyas.

Reí al comprobar que las chicas habían vuelto a ponerse de acuerdo y vestían un atuendo idéntico. Incluso el de las niñas era el mismo, adaptado a su tamaño.

—¡Ahora no sabré quién es quién! —bromeé.

—A la mía la reconocerás, es la que se queja más—ya estaba Daniel buscando trifulca.

—¡Tendrás tú algo que decir! Me has dejado con las niñas y te has esfumado...

—¿No esperarías que les hiciera yo las trenzas? La de hacer de peluquero no se encuentra entre mis habilidades, entre las que sí destacan las artes amatorias...

—¡Será repipi el tío! —Daniela, que tenía un carácter un tanto seco, no pudo reprimir el comentario, riendo.

—No lo sabes tú bien. Es mortalito—Carlota la miró en busca de una alidada.

—De dos en dos, me niego. Es demasiado para mí. Quiero algo de alcohol, que me lo inyecten en vena.

—¿No lo dirás en serio? —un asombrado Fernando entraba también en la polémica.

—¿Y por qué no? —Daniel no lo tenía tan claro.

—Porque es casi una perversión, es la hora del desayuno.

—¿Una perversión? Tú sigue así de aburrido y Davinia te va a durar un suspiro. Y hablando de desayuno, muero por un café.

La celebración de aquel día era ya infinitamente más informal, pero, aun así, ya estaban varios de los trabajadores del día anterior preparando un opíparo desayuno, digno del mismísimo Obelix.

—¡Alaaaaaaaaaaaaa! —miré a Lucía y entendí que estaba viendo avanzar a Olivia. Me di la vuelta.

—¿Tú quieres que a mí me dé algo? ¿Es eso? Si es así dímelo y acabamos antes—avancé hacia ella y le besé la mano.

—¡Eres más tonto...! —negó con la cabeza.

Romántica, serena, casi angelical, así venía con su vestido ibicenco con hombros caídos de gasa que causó el furor general, complementado con unas sandalias espectaculares.

Todos comenzaron a ovacionarla y ella a enrojecer. La escena no tenía desperdicio.

El desayuno fue de lo más ameno y se avecinaba una fiesta al aire libre graciosa y emotiva.

Después de desayunar, las niñas corrían sin parar y, mientras charlábamos animadamente, veíamos la preparación del que sería un almuerzo rústico con aire *chic*.

Los encargados del evento nos colocaron un pizarrón en el que nos dijeron que podíamos ir entreteniéndonos, poniendo lo que nos diera la gana.

—Lo veo, lo veo—se me ocurrió—¿Y si cada cual le pone algo romántico a su pareja?

—¿Una especie de competición de empalagosos? —Daniela hacía gesto de que le estaban dando arcadas.

—¡Yo estoy con esta chica! Ya me va cayendo mejor—Daniel era mucho de arrimarse al sol que más calienta— Por algo es mi tocaya...

—Algunos no tenemos pareja—apuntó Alexandra, por ella, por su hermano y por Raquel.

—¡Martina y yo tampoco! —exclamó Lucía.

—Bueno, a lo mejor pronto sí...—allá iba Martina, que no sabía guardar un secreto.

—Calla—Lucía le dio un codazo.

—¿Tenéis algo que contar? —a Olivia le divertía la escena.

—Nada, nada—Martina callaba ante la atenta mirada de reprimenda de Lucía.

—Venga, participamos todos, ¿qué más da quién tenga pareja? No vamos a andarnos con remilgos...

Y allí fuimos dejando puestas frases para la posteridad entre las que destacó la de Daniel que, en un arranque de sinceridad se estiró con un “Yo con Carlota estoy más a gusto que un arbusto”,

que arrancó la risa de todos.

En cuestión de un rato, empezaron a servirnos unas bebidas refrescantes de originales colores y que entusiasmaron a las niñas.

—Pero ¿qué mierda es eso? —Daniel probó una y comprobó que no tenían alcohol.

—El jefe, que ha pensado que tenemos que reservarnos para más tarde— Davinia animando.

Un poco después, dispusieron ante nosotros un ambiente de lo más *chill out* que dejó boquiabiertos a los presentes.

Camas balinesas, centros de mesas, decoración de barras, un *Photocall* distinto en el que también volamos a hacernos nuevas fotos...

Empezó a sonar música variada y fueron las niñas las que rompieron el hielo, corriendo a mover el esqueleto.

Poco a poco, nos fuimos uniendo al baile y para cuando sonó “Que la vida es un carnaval” de la mítica Celia Cruz, todos estábamos de lo más entregados.

—Venga, una estrofa cada uno— Carlota se había levantado ese día de mejor humor...

Y allí empezamos todos a cantar la parte que nos correspondía y, al llegar al estribillo, unimos fuerzas, recordándonos unos a otros eso, que la vida era un carnaval y que es más bello seguir cantando...

A esa canción siguieron muchos más y, como hiciéramos aquel día en el bar, Davinia montó una conga a la que todos nos unimos...

No faltó casi de nada, aunque no sonó nuestro Paquito el Chocolatero...

El almuerzo fue cien por cien distendido y volvimos a disfrutar de una variedad impresionante.

—Jefe, no se está mal aquí, podría acostumbrarme. Si quieres, le dices al dueño de la finca que se la cuida e incluso estaría dispuesto a vivir de sus rentas—¡ese era mi Daniel!

—De eso nada, guapo, tú te vienes como todo hijo de vecino a la oficina. Y echa ya a volar todos los pajaritos esos que tienes en la cabeza porque dentro de nada vas a tener un segundo empleo: el del cambio de pañales—Carlota lo devolvió a la realidad, causando la risa general.

—¿Ya tenéis nombre para el peque? —preguntó Nuria.

—Sí, se va a llamar Julio.

—Pero no porque vaya a nacer en el mes de julio—Martina puntualizó. Va a nacer en invierno.

—A lo mejor llega como un regalo de Navidades—suspiró Lucía, que moría con la idea del hermanito y mientras disfrutaba con la llegada del de Martina.

—A lo mejor, como llegó tu Príncipe—recordó Martina.

—Bueno, bueno, cambié el tercio, y eso que dicen de que de una boda sale otra, ¿se hará realidad aquí?

—¡Ya tenías que liarla! —Daniel empezó a silbar mirando para otro lado.

—No hay manera—miré a Carlota, me encantaba provocarla.

—A este, el día menos pensado, le digo que vamos a comer churros y cuando se dé cuenta está en el juzgado, firmando—nuevas risas.

—Pues a nosotras sí que no nos importaría—Nuria me sorprendió. No lo esperaba.

—¡Anda! —solté.

—Y tan anda, mi suegra se va a tener que aguantar al final conmigo. Creo que por fin ha perdido las esperanzas contigo.

—Bueno, todavía me manda a la mafia para que me hagan desaparecer—rio Olivia.

—Eso ni en broma—la besé. ¡Ya habíamos tenido bastantes sustos!

—Yo imagino la cara de mi madre ese día, ¡menudo poema! —Nuria divagaba al respecto de

su boda.

—Y de tu padre...

—Sí, es verdad, que se llevó toda mi juventud diciéndome que cuándo le iba a llevar un yerno con el que ver el fútbol.

—Pues a mí el fútbol me gusta, al final voy a ganar puntos y todo.

—No sé yo—contestó Nuria.

Los demás no se pronunciaron, de modo que dimos la cuestión por concluida antes de crear otra polémica.

—Voy a llegar a mi casa muertecito de hambre. No nos habéis dado de comer ni nada...— Fernando se frotaba la barriga.

—¡Y ahora vienen los dulces!

—¡Toma ya, anda que no se nota que aquí es pasta lo que sobra! —Daniel, que si no hablaba reventaba.

—¿Ves como si tienes dinerito, papá? —Daniel lo sabe.

El comentario de Lucía causó risa en todos.

Bandejas con *bund cake* para los amantes del dulce sin caer en lo empalagoso, venían juntos con otras de helado, *Nueva York cheesecake* y *founde* de chocolate.

Las peques estaban encantadas y hasta terminaron con la cara como un payaso, ayudadas por Alexandra, que cámara en mano, inmortalizó el momento en el que las peques se pusieron perdidas.

—¡Ven aquí, hermanita! —Olivia la adoraba—Ainss, si es que ejerce ella de tía más bien...

—Y de *community manager*, que estoy encantado de la vida. Cada vez tenemos un equipo mejor y con incorporaciones más jóvenes—añadí.

—Pues conmigo tenéis para rato, porque le he cogido el gusanillo al asunto y me pienso formar en ese sentido el año que viene—Alexandra estaba fascinada con su trabajo.

—Mira por dónde Carlota, Daniel tuvo aquel día una buena idea, la niña ha encauzado su carrera—Olivia la buscaba también un poquito.

—Sí, sí, pero eso le salió de carambola, que este lo que quería era quitarse trabajo de encima, si lo conoceré yo—ya todos habíamos empezado con las copas y ella se estaba pidiendo un chupito de mora sin alcohol.

—Ya estaba tardando en salir Daniel a la palestra—él solo se lo decía todo.

—Chicos, ¿os he dicho alguna vez que os quiero? —alcé mi copa para brindar.

—¡Silencio, que el jefe se ha puesto profundo! —Davinia estaba intentando poner orden.

—Por primera vez en mi vida lo tengo todo—solté sin haber pensado previamente que diría ninguna palabra— Tener junto a mí a las dos mujeres que adoro, después de que el destino se mostrara juguetón es un regalo maravilloso. No puedo decir que llegar hasta aquí haya sido fácil, pero sí que el último año de mi vida ha sido el mejor. Os quiero chicas, a las dos, sois todo para mí y formamos el mejor equipo posible. En cuanto al resto, no lo hubiera logrado sin vosotros. Sois los mejores.

—*¡Ese Alexis, cómo mola, se merece una ola!* —cantaban todos, Olivia incluida, que en ese momento me regaló uno de sus besos.

Una interminable tarde de baile, dio lugar a un anochecer en el que ya no solo nos dolían los pies sino hasta el cielo de la boca, después de tanta fiesta.

Uno a uno, todos se fueron despidiendo y Lucía, Olivia y yo nos quedamos solos en la que sería nuestra última noche en la finca.

La niña se durmió y, bajo la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana, Olivia y yo bailamos esa noche la melodía que más nos gustaba y la que alimentaba nuestros cuerpos y almas: la del frenesí.

## Capítulo 14



Montados en el avión, Olivia era toda ilusión.

—¿Entonces he acertado? —su cara lo decía todo.

—¿Tú qué crees? Luna de miel en India ¡toma ya!

—Me lo han vendido como un festival de sensaciones con una final de impresión, amor.

—Y no creo que se hayan equivocado ni un ápice, aunque finales, a mí se me ocurren unos cuantos—me guiñó el ojo.

Para nuestro viaje de recién casados no se me ocurrió mejor idea. Comenzaríamos nuestra nueva vida en una de las regiones más exuberantes del planeta, aunque para exuberancia ya estaba la de mi sugerente mujer. La miraba y no podía evitar que los ojos se me fueran para aquel generoso escote. ¡Por no hablar de las torneadas e interminables piernas que exhibía bajo su short! ¡Cielo santo, ya estaba sudando!

Por delante, teníamos unos magníficos días que pensábamos exprimir.

La llegada a Delhi fue de lo más sofocante. Y no lo digo ya solo por la temperatura exterior, que obviamente era alta, sino por la que procedía de nuestros cuerpos que lo era bastante más.

—Vuélveme a mirar así—le dije al cerrar la puerta de la habitación del hotel.

—Así, ¿cómo? —me desafiaba con aquella mirada lasciva, mientras se mordía el labio inferior.

—Como solo tú sabes—se había convertido en una diosa del sexo.

—Y si no, ¿qué harás? Unos azotes, ¿quizás?

—Quizás e incluso puede que se me ocurran otras muchas maneras de que me compenses.

¿Se nos estaba acabando el aire? Fue decirlo y la temperatura experimentar una súbita subida de varios grados. Juntos, viciábamos el ambiente.

—Puedo empezar, ya si quieres—¿era fuego eso que salía por el rabillo de su ojo?

Y no fue precisamente un rabillo al que echó mano cuando se agachó, abrió la cremallera, quitó el botón y me mantuvo la mirada mientras comenzaba a lamer de arriba abajo mi miembro. Su destino era el final de su garganta, una garganta profunda que me hacía enloquecer.

Jamás pude imaginar un roce más sensual que el producido por unos labios que apretaban mi miembro, haciendo que resbalara hacia el interior de su húmeda cavidad bucal, mientras su lengua daba buena cuenta de él.

De repente, su rostro se transformó. ¿Su nuevo nombre? Frenesí, ese que aparecía siempre que notaba que mandaba el autocontrol a paseo y cada vez ocurría más a menudo.

Si seguía moviéndose así, mientras levantaba el mentón y buscaba con sus ojos los míos, el líquido preseminal que acababa de arrojar no sería nada para la intensa corrida que recibiría en su boca en unos instantes.

La miré, buscando su aprobación y la tuve en una fracción de segundo. No solo me lo permitía,

sino que además lo deseaba y eso era lo que más me ponía.

Con lentitud, se puso de pie y de sus labios pude probar un sabor que no me era desconocido: el mío propio. Probar el de ella sería el siguiente paso.

La tumbé y su postura y su gesto me hicieron entender que esperaba una súbita penetración que explorara sus entrañas.

—¿No lo creerás en serio? ¿Y quedarme sin probar el dulce néctar “Olivia”? No me perdería esa sensación por nada del mundo.

El súbito temblor que recorría todo su cuerpo cuando su inflamado clítoris explotaba era para mí el más sexy de los movimientos. Diría que, estaba dotado de tanta carga, que era como la palanca con la que se suponía que podíamos mover el mundo. Desde luego el mío, lo removía desde sus cimientos.

Tumbada, totalmente expuesta ante mí, me seguía poderoso. Sentía el poder que me otorgaba la sensación de saber que ella deseaba tanto como yo que mi lengua recorriera su clítoris, sus labios y siguiera paseando camino de una abertura que se contraía sola por el deseo.

No miento si digo que notaba palpitar su clítoris al contacto con mi lengua. Una pequeña descarga, casi eléctrica, tras la que ella parecía quedar sin fuerza, pero a la que no quería renunciar.

—¡Más toquitos como ese, Alexis! ¡Por Dios!

—¿Por qué?

—¡¡¡Por Dios!!! —clamaba, presa de la excitación.

—Será por favor, más bien, ¿no? —me fascinaba jugar con ella en aquellos momentos. Que me implorara. Olivia era un plato más apetecible cuanto más caliente se tomaba.

—¿*Quid pro quo*? —pregunté, levantando sus piernas y señalando la más prohibida de las cavidades, esa cuya sola visión hacía que se disparase la tensión. Su puerta trasera se abriría para mí, pero sería más tarde.

—*Quid pro quo*—lanzó en forma de gemido, de tal suerte que noté cómo mi líquido preseminal volvía a salir a ver mundo.

Solté sus piernas y su zona más húmeda me llamaba. Mi lengua ardió al contacto con su clítoris y fue un gemido interminable de ella el que dio la señal de salida a otros que emitía cada vez que daba un toque en el mismo.

Rosado, carnosos y extremadamente inflamados. Aquel clítoris se mostraba ante mí como una fuente interminable de deseo. Sus pequeños latidos, acompañados de los gemidos cada vez más sincronizados de Olivia anunciaron un orgasmo que hizo estremecer a mi mujer de pies a cabeza, curvándose por completo primero y quedándose laxa después.

Estaba al límite de nuevo y volví a hundir mi cabeza en su sexo. Aquel olor salvaje me embriagó hasta el punto de que me hubiera quedado a vivir allí, en su entrepierna. Mi lengua recorrió todos sus recodos, llevándose consigo el ansiado elixir.

—¿Suficientemente relajada? —interrogué no ya solo con mis palabras sino también con mi mirada, a una Olivia que parecía haber alcanzado el séptimo cielo.

Sin embargo, fue la extrema dureza de sus pezones la que me contestó. Otro plato al que no quise renunciar y que busqué de manera alternativa con mis labios, lamiendo, succionando y disfrutando de una Olivia cada vez más entregada.

—Lo prometido es deuda—se giró y me ofreció aquel culo respingón que dejaría sin aliento hasta al menos sexual de los mortales.

—Chúpalos—introduje tres de mis dedos en su boca ardiente. ¡Quemaba! En cualquier caso,

no más que mi miembro que clamaba por penetrar la más oscura de las cavidades—¿Lo deseas?

—Me puede el morbo y lo sabes.

Sus piernas miraban al cielo cuando mi miembro penetraba la más infranqueable de sus puertas. Soltó el aire. Pude notar ese pequeño gesto de dolor que precedía al disfrute pleno de un sexo anal al que la antaño inocente Olivia se había aficionado.

Y fue en ese momento cuando observé la transformación. Ya no era angelical, era diablesa y ya quemaba entera. En cuanto a mí, quería arder en sus brasas.

—¡Qué placer! —respiré hondo con mis manos sobre su cintura sin perder de vista las brasas que trascendían sus ojos para colarse en los míos. Se llamaba frenesí y llegó cuando, tras varias e intensas embestidas en el culo de Olivia, me vacié en ella, cayendo hacia delante y quedando en comunión con ella.

## Capítulo 15



Aquel primer día comenzó nuestra aventura por Delhi, la famosa capital de la India. He de confesar que todo allí nos supo especial, desde las guirnaldas de flores de bienvenida.

—¡Es una pasada! —Olivia estaba encantada con aquellas calles rebosantes de vida.

—Pues sí, me habían dicho que merecía la pena y no se equivocaban. La diversidad de gente es inaudita.

—Es otro mundo, mira los transportes típicos, ¿habías visto alguna vez algo parecido? Olivia señalaba los *tuc-tucs* indios.

Íbamos rumbo del Mercado de las Especies, que nos habían comentado que no nos podíamos perder.

—Ahora ya entiendo por qué para muchas personas es el mejor mercado de todo el planeta— yo estaba impresionado hasta decir basta.

—¡Dios mío! Esto sí que es una fiesta de aromas y colores.

—Sí y te abren tanto la mente como el estómago porque a mí me está entrando un hambre que me muero—reí.

Nos quedamos prendados de aquellos enormes sacos de tela que contenían una interminable variedad de flores coloridas e hierbas medicinales, junto con las características especias de la comida india que daban nombre al mercado.

Salimos de allí con más hambre que un piojo en una muñeca y nos fuimos a comer. ¿Lo que descubrimos? Algo que nos quedó grabado a fuego: en la India, la comida picante era picante de verdad, pero, aunque la pidieras sin, era más que probable que la volvieran a traer picante.

—¡Dios mío! Me echa fuego la lengua—Olivia estaba de lo más simpática haciendo como que se la abanicaba, con la lengua fuera.

—¡Por Dios no saques esa lengua aquí que la volvemos a liar!

Y es que no había manera, el frenesí se había desatado entre nosotros y cualquier ocasión nos parecía buena para, como mínimo, devorarnos con la mirada.

Después de almorzar continuamos nuestro recorrido. Queríamos ver todo lo que fuera posible, llevarnos en nuestras retinas una parte de la India de vuelta a Tenerife.

Teníamos claro que otra de nuestras visitas obligadas era al Fuerte Rojo, *Lal Quila*, ese emblema de la ciudad construido en arenisca roja.

—¡Madre mía, si lo viera Daniel diría que un sitito así de modesto querría él para vivir! —reí —Aquello era imponente.

Llevábamos las entradas y eso nos libró de esperar cola, por lo que tan pronto llegamos. ya estábamos atravesando aquella puerta principal de inmenso tamaño. De allí, nos adentramos en un pasadizo repleto de tiendas, a modo de bazar.

Más tarde, aprovechamos para hacernos un montón de fotos de recuerdo en sus zonas

ajardinadas, que al llegar al hotel le enviaríamos a Lucía.

Pasamos una tarde sensacional tras la cual terminamos cenando en las inmediaciones del hotel. Seguidamente, subimos, el largo viaje y la intensa entrada matutina nos tenían exhaustos.

¿Significaba eso que esa noche nos echaríamos a dormir sin más? ¡Ni muertos! El siguiente asalto sexual comenzaba en pocos minutos.

Los primeros rayos de sol nos indicaban que el segundo día de nuestra luna de miel acababa de amanecer.

—Despierta perezosilla.

—¿O qué? —ya me estaba retando.

—O tendré que estimularte para que lo hagas.

—Igual me interesa—arqueó una ceja y volvió a cerrar los ojos.

Sus senos sabían a Olivia y eso me ponía como un perro en celo. Hundiendo en ellos mi cabeza, comencé a lamer uno mientras con mis dedos masajeaba el pezón contrario.

—Ummm sigue tocando ese botoncito que vas por buen camino...

—No sé por qué ya lo había notado—la humedad que comenzaba a desprender su sexo impregnaba ya uno de mis muslos—se lo ofrecí y ella comenzó a rozarse con él. Primero con lentitud, luego con algo más de rapidez y finalmente con inusitada aceleración.

—¡Diosssssssss!

—Dios no tiene nada que ver en esto, mírame—comencé a besar aquellos carnosos y lubricados labios mientras, ayudando con el movimiento de mi pierna, le sobrevino un intenso orgasmo que ahogó con un bocado en mi cuello.

—Me has hecho daño. Me debes una.

—Me gusta pagar mis deudas. No quiero esperar—me miraba y la quería devorar. De hecho, me acababa de convencer. Era hora de devorarla de nuevo. La veda estaba abierta.

La tumbé y, cogí una botella de agua fría del minibar.

—¿Tienes sed?

—Mucha, pero ya sabes cómo soy. No me gusta beber de cualquier lado.

Al contacto con las primeras gotas de agua helada, su cuerpo se arqueaba, disparando mi excitación.

—Quieta—susurré en su oído.

—¿Quién te ha dicho que vaya a moverme? —su voz indicaba que aumentara el ritmo.

Sus duros pezones se helaron al contacto con el agua y la humedad ardiente de mi lengua entró en acción. El intenso contraste la hizo gemir, ¡y no poco!

Lo mismo sucedió cuando me regodeé con aquellas gotas de agua en su clítoris, haciendo que se estremeciera por completo.

—¡Quiero más! —pedía y, a cada gota que recibía, su cuerpo saltaba en busca de mis labios, fundiéndose con ellos.

Bajé hacia mi lugar preferido del mundo, su sexo, y decidí calentar un clítoris tan hinchado como frío que recibió mi lengua como el más extraordinarios de los bálsamos.

No miré el reloj, pero fue rápido, muy rápido, unos toques con mi lengua, un sencillo juego de dedos y un sugerente “no pares” en mi oído, por parte de una sofocada Olivia que recibía su orgasmo como el más valioso de los regalos matutinos.

Las embestidas posteriores, fueron otra historia...

Después de desayunar salimos de nuevo a hacer turismo. Para ese día, volvíamos a contar con más destinos que no deseábamos perdernos.

Elegimos dos, una cosa es que quisiéramos ver la India y todos los rincones de la misma que fuese posible, y otra que nos marcáramos un agotador tour y al final fuera peor el remedio que la enfermedad. No estábamos dispuestos a eso.

Queríamos descansar y ver cosas. En cuanto al sexo, al que estábamos enganchados a las primeras de cambio, constituía uno de los principales alicientes de un viaje que tenía ser visos de ser inolvidable.

Dedicamos la mañana al visitar el Minarete de *Qutub Minar* y por la tarde con acercamos a la Tumba de *Humayun*. Con eso dimos por terminados dos intensos días por Delhi que nos resultaron encantadores.

El tercer día llegamos a la conocida como Ciudad Rosa, *Jaipur* y lo primero que se nos vino a la cabeza es que ese sí que sería un castillo de princesas que le gustaría a Lucía para vivir. Y es que había poco lugar para la duda: *Jaipur* enamora a primera vista.

—¡Dios mío, esto es increíble! —el Palacio de los Vientos nos dejó a los dos con los ojos abiertos como búhos.

—Sí, mi niña, es realmente fascinante.

Y si aquello nos resultó alucinante, también nos encantó la joya de *Rajasthan*, aquella increíble sucesión de murallas que vimos cuando nos asomamos al Fuerte Amber.

Esa noche le mandamos a la peque las fotos del palacio y cuando los vio, flipó. Y después flipamos nosotros, como siempre en la intimidad y jugando a lo que más nos gustaba: disfrutar el uno del otro.

Lo cierto es que estaba siendo un viaje precioso, plagado de anécdotas, de momentos románticos y de encuentros ardientes. Una luna de miel soñada en la que deseábamos parar las horas, aunque de momento no lo estuviéramos logrando.

El tiempo al lado de Olivia se convertía en una sucesión de instantes mágicos y fue el sexto día del viaje cuando llegamos a uno de los destinos que yo sabía que más ilusión le hacía.

—Preciosa, ante usted el lugar más icónico de toda la india, el grandioso *Taj Mahal*.

—Es un sueño, Alexis, estar viendo esto, aquí, contigo es un sueño.

—Verte a ti cada mañana cuando abro los ojos sí que es un sueño, mi niña.

Estábamos ante el monumento más grande que jamás se construyera al amor, por lo que aquel lugar no podía ser más acertado para una luna de miel.

El romántico mausoleo se mostraba ante nosotros como lo que es, una joya arquitectónica, sugerente y fascinante que, lejos de defraudarnos, nos dejó encandilados.

Pasear por él con Olivia de la mano, constituyó todo un deleite para los sentidos.

—¿Sabías que la inmortal belleza de este lugar nace del antiguo amor entre un emperador y su esposa? —me preguntó Olivia.

—Algo me suena, pero cuéntame. Me encantará escucharlo de tu boca—reí internamente pensando que todo lo que saliera de sus labios me fascinaba.

—Pues por lo visto, resulta que el emperador conoció a su esposa en un bazar donde ella vendía cristales y, aunque se quedó prendado de ella desde un primer momento, no le dirigió la palabra...

—¿Ves? Eso es lo que Daniel llamaría una cagada en toda regla.

—Ya, ya, ese pájaro ha debido ser siempre partidario de subirse a todos los trenes. Y lo malo es que allí estabas tú, a pie de parada con él, ¡no me lo recuerdes! —Olivia reía en aquel privilegiado escenario y la belleza del sonido de su risa tenía poco que envidiarle a aquel entorno.

—Olivia, sé que este viaje tiene que terminar en unos días, pero tienes mi palabra de que haré todo lo posible porque nuestra vida sea una constante luna de miel—me senté, besé su mano y la coloqué sobre mis rodillas...

La sonrisa que vi en ese momento en su rostro seguía en mi mente cuando, días más tarde, volábamos de vuelta a Tenerife...

## Epílogo



4 años después...

—¡¡¡¡¿Casados?!!!! ¿Y en Las Vegas? —estos dos no tienen arreglo. Reí a mandíbula batiente.  
¡¡No podía creerlo!!

Pensé si podía ser un montaje, pero no, todo cuadraba. Camino de casa, iba alucinando en colores. Estaba deseando llegar. Se lo contaría a Olivia durante la cena, cuando llegara ese momento del día que tanto ansiábamos.

Llegué y abrí la puerta. No esperaba precisamente silencio y así fue.

—¡Niños, niños, niños! —yo tengo paciencia, pero ya está bien—¡Esto parece un campo de batalla!

—Pero ¿qué está pasando aquí? —entré al salón y una sonriente Olivia venía hacia mí.

—¿Y te preguntas lo que está pasando? Que la próxima vez le dejamos nosotros los niños a ellos—Olivia se echó a reír.

—Si es que no sé de dónde sacas tanta paciencia. ¡Y encima cada día más guapa! ¿De verdad te merezco? —la acerqué a mí. Aquellas caderas seguían volviéndome totalmente loco.

—¡Se están besando! —el pequeño Julio nos señalaba.

—¡No seas cotilla! —Martina, hecha ya toda una mujercita de once años, reprendía a su hermano, de casi cuatro.

—Pero si es verdad, míralo—y venga a señalar.

—A este le gusta crear la polémica, como a su padre—reí.

—Sí, pero con la diferencia de que con este chiquitín se te cae la baba—argumentó Olivia.

—Es mi ahijado y sí, hay que reconocer que es un villano como su puñetero padre que, muy a pesar, es mi mejor amigo...

—¡Y yo soy su orgullosa madrina! —se puso ella muy digna.

—Sí, sí, pero esta casa nunca ha estado tan concurrida—mirara al rincón que mirara, había niños.

—No te quejes papá, Martina y yo estamos cuidando a los mellizos—Lucía se había vuelto muy responsable.

—Eso es verdad, no veas el cable que me han echado las dos durante toda la tarde—Olivia estaba encantada con la ayuda de las chicas.

—¿Dónde están mis niños bonitos? —me acerqué a los mellizos y les hice una burla que causó sus carcajadas y las de Julio.

Olivia y Alexis, que así se llamaban nuestros mellizos, nos colmaron de dicha a su madre y a mí, cuando vinieron al mundo, hacía ya dos años. Por no decir a su hermana que se pasó todo el

embarazo pegada a la barriguita de Olivia y lloró de emoción la primera vez que los vio.

—Pero ¿sabemos ya dónde están? —me preguntó Olivia mientras ultimaba la cena.

—Una ligera idea tengo. Creo que ya se ha desvelado el misterio de su viaje. Te lo cuento durante la cena.

—Mira que si nos han dejado aquí los niños y han huido definitivamente...

—¿Te imaginas? Nosotros con cinco.

—Calla, calla, adoro a todos estos mequetrefes, pero los cinco juntos dan tarea para parar un tren...

—Me cambio de ropa y ahora mismo estoy aquí contigo.

—Vale, amor. Encárgate de dar de cenar a los mellizos y yo haré lo mismo con los tres mayores.

—¡Hecho!

Mi vida con Olivia era una balsa de aceite. Eso sí, una balsa que se agitaba cuando en la intimidad, dábamos rienda suelta a nuestra pasión. Conservábamos la misma química del principio y, con los años, habíamos experimentado ya todas las formas habidas y por haber de darnos placer.

Por lo demás, podríamos decir que éramos inmensamente felices. Nuestra vida no podía estar más completa. En lo profesional, la financiera Montalvo había llegado a lo más alto, algo a lo que Olivia seguía contribuyendo con su trabajo, y, en lo personal, nuestros tres pequeños nos colmaban de dicha.

Hacía tres días que teníamos en casa a Martina y a Julio, porque Daniel y Carlota nos habían pedido el favor. Se habían pillado diez días de vacaciones y no quisieron soltar prenda del destino de un viaje que se notaba que les hacía mucha ilusión.

Era viernes. Dimos de cenar a los pequeños y los acostamos.

—Mamá, ¿Martina y yo nos podemos quedar un rato viendo la tele en mi dormitorio?

—Claro, cariño.

Nos dieron un beso y se esfumaron. Había llegado nuestro momento. Siempre lo tuvimos claro. Los peques eran nuestra prioridad, pero también necesitábamos pasar nuestros ratos a solas. Y las cenas las reservábamos para nosotros.

—Cuéntame, me tienes en ascuas.

—Más que contarte, te voy a enseñar la evidencia gráfica del acontecimiento del siglo.

—¿Qué dices? Me estoy poniendo nerviosa, arranca ya la moto.

Me encantaba verla así. Seguía siendo la misma: una impaciente total con las sorpresas.

—¡Voilà! Aquí los tienes...—le puse la foto del móvil por delante.

—¡¡¡¡¡No puede ser!!!!—exclamó, mientras comenzaba a dar saltos y gritos por toda la sala.

—Calla—le hice una señal con los dedos. Para Martina sería una sorpresa y se la debían dar ellos a su vuela.

—¡Lo han hecho! ¡Lo han hecho! ¡Carlota lo ha conseguido! —tuve que cerrar la puerta del salón porque Olivia no podía contener sus nervios.

—Eso parece. Al final va a ser eso de que no es tan fiero el león como lo pintan.

La foto no dejaba lugar a la duda. Al más puro estilo de Las Vegas, a nuestros amigos, perfectamente ataviados al efecto, los había casado Elvis en un *Cadillac* rosa.

—¡Muero con ellos! Estaba claro que son dos personajes y no les pegaba una boda común—Olivia seguía cenando y mirando la foto—¿Y ya los has llamado?

—Lo he hecho, pero el móvil me salía apagado.

—Pues hagámoslo ahora.

—¿Y qué les decimos?

—Pues que son dos capullos.

Dicho y hecho. Los llamamos y, en una conversación rocambolesca, porque ambos estaban en plena celebración de boda y había un ruido mortal de fondo, nos confirmaron lo que ya sabíamos: Carlota y Daniel, por fin, se habían convertido en marido y mujer.

Una idea vino a nuestra mente: ¡¡¡Fiesta!!!

Los días restantes, hasta que volvieron, estuvimos preparando Olivia y yo el que sería uno de los fines de semana más divertidos de nuestra vida: teníamos que participar todos de su felicidad.

El día de su vuelta, la estampa no podía ser más idílica. Olivia sostenía en brazos a nuestro peque y yo a nuestra peque, mientras Julio me daba la mano.

Al final, nuestros amigos le habían contado a Martina que se habían casado, con lo cual, las niñas habían dibujado un enorme cartel que portaban en el que se podía leer: “Bienvenidos a casa. Felicidades. Sois los novios más molones”.

—¡Mamá, Daniel! —Martina corrió hacia ellos, con Julio de la mano y dejó a Lucía con el cartel, que lo extendió y de allí no la movían.

Abrazaron a sus hijos y vinieron hacia nosotros.

—¡Ya te digo si lo teníais calladito! —abracé a Daniel.

—Calla, calla, no le reprendas. Para una cosa que ha hecho bien en su vida—Carlota venía en su línea, guerrera. ¿Dónde quedó aquella apacible mujer que un día conocimos?

—No, si todavía se va a quejar—rio—después de que vengo casado y cazado.

—No, no, ya estoy contenta. Eso es verdad. Solo te queda ejercer de marido...

—Pero mujer, si eso lleva años haciéndolo, aunque sin papeles—señalé.

—Eso es verdad y está hecho un padrazo—por una vez en la vida, Carlota dio su brazo a torcer—Eso sí, que lo dicho no sirva de precedente.

—Eres más puñetera...—Olivia la estrechaba entre sus brazos—No puedo creerlo...

—Pues créelo, venimos casados y bien follados—dijo eso último en tono bajito.

Vinieron a cenar a nuestra casa, en la que nos contaron todos los pormenores del evento.

—Lo teníamos pensado hace un tiempo, pues nos lo apostamos en una borrachera.

—¿Y eso? —Olivia y yo no salíamos de nuestro asombro.

—Pues un finde que salimos y cogimos una borrachera como un piano, Carlota me dijo que no había huevos de casarnos.

—Y yo le dije que sí, pero en Las Vegas. Ella que yo no era capaz y yo que sí, apostamos que, si finalmente no lo hacía, me tendría que tatuar en un brazo, bien visible “Soy un gallina, no tengo huevos”.

—Y se lo hice firmar en una servilleta del local en el que estábamos.

—Sí y la amenaza pendió sobre mi cabeza desde entonces.

—Claro, pero yo no quería decir nada porque me daba cosa que se rajara y yo hubiera anunciado la boda a los cuatro vientos. Vamos, es que me hace eso y se queda allí con viento fresco.

—Entonces, ¿al final te has casado por una apuesta? —ya estábamos en la fase de los cubatas, en el jardín y yo es que me tiraba al suelo de risa.

—Mira, te voy a decir la verdad, este se ha casado conmigo porque ya lo estaba deseando. Lo

que pasa es que va de duro y no quería dar su brazo a torcer, así que me las ingenié y punto.

—Pues ya estaría—Daniel le hizo una señal de estar de acuerdo con ella, acompañada de un guiño de ojo de lo más meloso.

—Pues aclarado el asunto, solo nos queda decirnos que ni se os ocurra hacer planes para el finde que viene—carraspeé.

—¿Y a qué es debido? —Daniel arqueó la ceja.

—Pues a que la diversión está servida y nos vamos todos al *resort* ese que tanto nos gusta a Olivia y a mí, a gastos pagados, todo corre a cargo de la empresa.

—¡Ole el jefe y la madre que lo parió! —chillaron al unísono.

Y llegó el día. Un viernes al mediodía en el que cada cual partió, en su coche, hacia el *resort*, en cuya recepción nos encontraríamos.

—¡Nosotros queremos ir con Oliver y con Benji a la piscina! —Lucía y Martina lo tenían claro.

—Yo es que todavía no me acostumbro. Es escuchar el nombre de estos dos chicos y querer cantarles la sintonía esa de “los magos del balón” —Daniel y sus cachondeos.

Benji y Oliver, por simpática que fuera la coincidencia, eran los hijos de Elba y Gonzalo. No es que fueran precisamente bebés, ya que ambos los habían adoptado después de que sus padres fallecieran en un accidente de tráfico.

Fue un caso que conmocionó mucho a Gonzalo, que era médico de urgencias, y que no pudo hacer nada por salvar sus vidas, pero que a raíz de ese momento decidió cambiar el rumbo de la de sus hijos, que quedaron huérfanos. Los chicos ya llevaban dos años con ellos y tenían trece y catorce años de edad, respectivamente.

—¡Oliver es tan guapo! —Lucía se quedaba embobada mirándolo.

—¡Y Benji también! —Martina emulaba a su amiga.

Lo mejor del caso es que los dos chicos, eran dos trastos y pasaban olímpicamente de ellas, a las que consideraban unas pequeñajas.

—¡Pero será posible! —Elba, a la que le había cambiado la vida tanto como a nosotras alucinaba con la situación.

—Sí, sí, son dos pequeñas inmaduras. Los miran como si fueran de otro mundo—Daniel y sus salidas.

—¡Me caigo muerta si ahora nos vas a dar lecciones de madurez! —Carlota estaba indignada.

—Yo lo que siento es que estos dos descerebrados no les hacen ni caso a las niñas—Gonzalo se rio. Estaba hecho un padrazo, cosa que ya había descartado en su vida.

—¡Es que no todos los amores pueden ser correspondidos! —Elba bebía los vientos por sus hijos. A ella también le habían cambiado totalmente la existencia.

—Es normal, mujer. Ellos son mayores—añadió Olivia.

—Sí, sí. Es que estos están hechos dos pillos de tomo y lomo. Les gustan las que tienen diez años más.

—Sí, sí, tienen una pinta de tontos que no veas. ¡Míralos corriendo detrás de las camareras! —Daniel se partía con ellos. Se declaraba fan de los hermanos.

—Sí, me da a mí que estos, consuegras, no nos hacen—Elba estaba resignada.

—Y mejor así. Quiero a esos dos chavales a dos kilómetros de Lucía y Martina—bromeé, pues también adoraba a esos pillastres.

—Todo os pasa por ser padres. Fernando y yo no queremos niños ni en pintura—Davinia en su línea de siempre. Cada loco con su tema. Ella se declaraba en eterna luna de miel con Fernando y

decía que era debido a que no tenían ningún demonio por casa haciendo de las suyas.

—¡Piscina, queremos piscina! —los niños estaban locos con la idea de darse un chapuzón.

—Ahora nos toca a nosotros hacernos cargo unas horas de ellos. Podéis ir en paz—Daniel no tenía remedio.

—Solo te ha faltado decir “*ego te absolvo*” y santiguarte, capullo—le di un abrazo en agradecimiento.

Subí con Olivia a la habitación. Tras ella quedaba una algarabía de niños que daba paso al sonido que más me excitaba: el de una puerta cerrándose tras nosotros. En el interior, nuestros cuerpos, como siempre, deseosos el uno del otro. Impacientes por devorarnos, nos quitamos la ropa. Y de pronto, aquel delicioso aroma. ¿A qué olía? A Frenesí.